LA CONQUISTA DEL ESPACIO

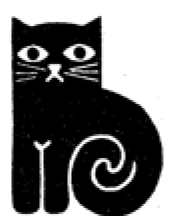


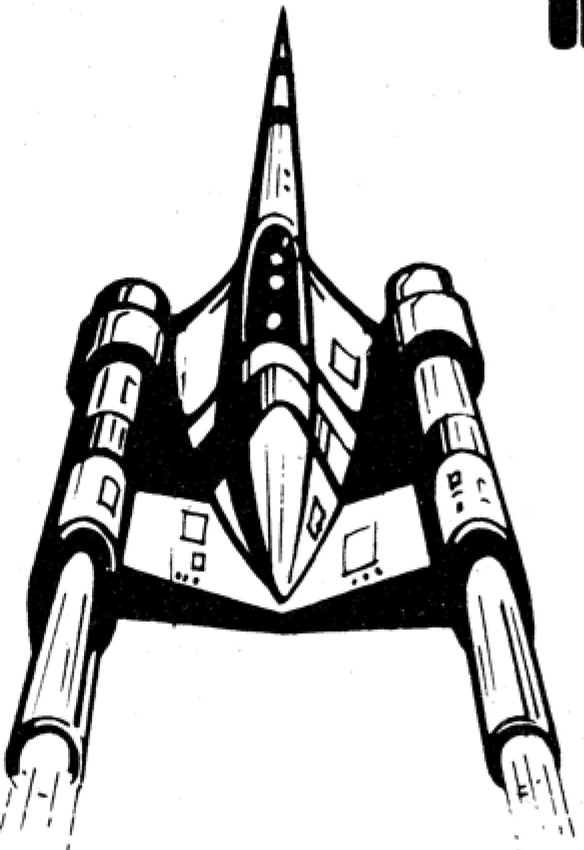
Clark Carrados



REMOLINO EN EL ESPACIO


LA CONQUISTA DEL ESPACIO
BRUGUERA
BOLSILIBROS
FUTURO
Clark Carrados
GANE 1 MILLON DE PESETAS
REMOLINO EN EL ESPACIO





La conquista del ESPACIO

ENCONTRARÁ OBRAS DE ESTE MISMO AUTOR

EN LAS COLECCIONES DE

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

QUE SE DETALLAN A CONTINUACIÓN

Servicio Secreto

Punto Rojo

Bisonte Serie Roja

Búfalo Serie Roja

Selección Terror

La Conquista del Espacio

CLARKCARRADOS

REMOLINO EN EL ESPACIO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 733

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO


1.ª edición en España: enero, 1985

1.ª edición en América: julio, 1985

Concedido derechos exclusivos a favor de Editorial Bruguera, S. A.

Camps y Fabrés, 5 08006 Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

Impreso en España – Printed in Spain

ISBN 84-02-02525-0 / Depósito legal: B. 40.313 – 1984

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A.

Carretera Nacional 152, km 21,650. Parets del Vallès (Barcelona) – 1985

CAPÍTULO PRIMERO

Tenía todo el aire de un hombre completamente vencido por la vida y el aspecto exterior no parecía demasiado boyante, aunque eso le importaba muy poco a Gary Locke. Y, aunque no había llegado a un estado total de desesperación, le faltaba muy poco.

Poseía un título muy importante, pero si las cosas no mejoraban en el plazo de una semana, se dijo, lleno de pesimismo hacia su porvenir, tendría que aceptar un empleo en los servicios de higiene.

«O sea, barrendero, como se decía antiguamente», pensó, mientras procuraba estirar, por causas ahorrativas, el contenido de la jarra de cerveza que había pedido momentos antes.

Un hombre se le acercó de pronto y le dio una palmada en el hombro.

—Malas perspectivas, ¿eh, Locke?

Locke se estremeció al oír aquel vozarrón. Aunque había hablado en tono normal, la voz de Fiodor Baume hacía vibrar siempre los cristales.

—¿Son mejores las suyas, capitán Baume? —preguntó, sin volverse.

—En estos momentos, sí. ¿Otra cerveza, segundo Locke?

El aludido se estremeció.

—¿Debo entender que me contrata y que necesita un segundo en su nave? —preguntó.

—Tengo la tripulación al completo. Me falta un segundo.

Baume alzó una mano. El camarero trajo dos jarras llenas y el capitán las agarró con ambas manos.

—Vámonos a una mesa del rincón, Gary.

Locke siguió dócilmente a un hombre hacia el cual nosentía la menor simpatía. Años atrás, se habían enzarzado en una pelea a puñetazos, terminada en tablas. Los dos hombres eran tremendamente fuertes y robustos y el combate terminó cuando ambos se hicieron un recíproco K.O. Locke apenas si se acordaba de los motivos de la

discusión, aunque creía recordar que Baume le había insultado y... Bueno, eso no importaba ahora, se dijo; si le ofrecía un empleo de segundo y un buen salario, sería cosa de estudiar la proposición.

Un estómago vacío no es propenso a los escrúpulos, filosofó, mientras contemplaba el rostro surcado de cicatrices de su interlocutor. A su vez, Baume le miraba con un único ojo. El izquierdo estaba tapado por un vidrio oscuro, pero no porque le faltase, sino porque tenía la retina muy débil.

Bebieron en silencio durante unos momentos. Luego, Baume dijo:

—Creo que tuvo un problema con el Supervisor Kurdengsen. Su esposa...

—No fue la señora Kurdengsen, capitán. Fue él.

Baume levantó las cejas.

—¿Él es...?

—Positivamente, señor.

—¡Cómo está el mundo! —dijo Baume, fingiendo horrorizarse—. Nunca me hubiera imaginado que el Supervisor Kurdengsen fuese un... Y por eso le dio la patada.

—Como fracasó, invirtió el relato del suceso, de modo que fuera yo el culpable.

—Sí, parece muy propio de él: invertir... —rio Baume estruendosamente—. Bueno, necesito un buen segundo. Usted podría mandar la nave perfectamente, pero sólo hay un puesto de capitón y es mío.

Locke movió el índice y el pulgar en un gesto significativo.

—¿Cuánto, capitón?

—Cien mil mensuales, durante un año mínimo garantizado y setecientos cincuenta mil de prima anticipada, que se depositarán en un Banco.

—Un asunto peligroso, ¿eh?

—Muy arriesgado, pero creo que merece la pena.

—¿Contrabando? ¿Piratería?

Baume se echó a reír.

—Se ve que mi mala fama me acompaña a todas partes.Bien, en esta ocasión es un trabajo oficial, aunque no se pueda decir públicamente.

—Un asunto secreto, en el que no pueden tomar parte los oficiales regulares, ¿verdad?

—No es que no puedan, es que no quiere ninguno. Por eso me han contratado a mí y por eso pagan unas sumas tan elevadas. ¿Qué cree que cobraría un comandante de astronave regular?, ¿eh? Ni la cuarta parte…

—Bueno, ¿y por qué no lo suelta ya? —pidió Locke, impaciente.

Baume le miró con fijeza.

—El remolino de Schardanf —dijo.

Locke se estremeció.

—Diablos —dijo a media voz.

—Billones de diablos, muchacho. Sabe, sin duda, que han desaparecido siete astronaves sin dejar el menor rastro, con toda la tripulación y el pasaje y que no se ha vuelto a tener noticias de ellas.

—Lo sé, capitán.

—La ruta Schardanf era la más rápida entre las estaciones Red Alpha IV y Norian II. Por eso, todos los capitanes orbitábamos en aquel sector, hasta que, de repente, empezaron las desapariciones.

»Hubo un comandante de astronave que pudo ser testigo de una de esas desapariciones. Estaba a unos tres millones de kilómetros y lo observó todo por el telescopio. La «Nancy S.» viajaba delante de la suya, a la misma velocidad, y, de repente, pareció fuera de control y empezó a girar vertiginosamente, describiendo círculos de unos sesenta mil kilómetros de radio.

»Pero cada círculo era gradualmente más reducido. El testigo pudo darse cuenta de que la «Nancy S.» era succionada por un vértice cuyo origen no supo explicarse. Luego, la nave desapareció en lo que parece un agujero negro en el espacio y que no es debido al colapso gravitatorio de una estrella. No es un agujero negro astronómico, pero nadie sabe lo que es, excepto que es el origen de esas desapariciones tan misteriosas.

»El mismo testigo contó que a él le había costado horrores sustraerse a la atracción del remolino y que tuvo queconsumir un noventa por ciento de toda su energía, incluidas las reservas. Tuvo que reducir el consumo, estuvieron a punto de morir helados, se quedaron casi sin aire y, finalmente, consiguió un remolque.

—Y eso le sucedió...

—A unos diez millones de kilómetros. La «Nancy S.» estaba más cerca y por eso se perdió.

—Bien, capitán, ¿cuál es su misión?

—Averiguar el origen de ese remolino y destruirlo, si es posible. Con proyectiles.

—¿Cree que puede tener un origen no natural?

—Lo sabremos cuando estemos allí.

Locke dio un salto en su asiento.

—¿Cómo? ¿Vamos a zambullirnos...?

—No. Mi intención es llegar por retaguardia, para lo cual daremos un amplio rodeo... Pero ya le explicaré con más detalles cuando estemos a bordo. Si acepta, claro.

—Acepto, con dos condiciones —dijo Locke.

—Hable, Gary.

—Complete los honorarios hasta dos millones. No, no proteste; usted y yo nos conocemos y sé que se va a quedar una buena comisión de los salarios, aparte del suyo, cuya cifra no me interesa saber.

Baume soltó una risita.

—Muchacho, es usted demasiado suspicaz, pero no me importa — dijo—. ¿Cuál es la otra condición?

—Mañana, a las diez, le espero en el Banco con un cheque. Lo depositaré en mi cuenta antes de zarpar.

—Me aprieta usted demasiado las clavijas, pero sé que no encontraría mejor segundo—Baume se puso en pie—. De acuerdo, mañana a las diez en... ¿qué Banco?

Locke le dijo un nombre. Baume dejó un billete sobre el

mostrador.

—Habrá que ser firme con la tripulación —dijo—. Son una banda de piratas y no entienden otra ley que la del látigo.

—Lo mismo que su capitón —contestó Locke punzantemente.

Baume soltó una risita de conejo y se marchó. Locke se quedó saboreando su cerveza, con el presentimiento de queel viaje no iba a ser precisamente una excursión de placer.

Acabó por encogerse de hombros. «Mala suerte si no vuelvo», pensó resignadamente.

* * *

El nombre de la nave era «Terpinia» y estaba en uno de los extremos del astropuerto. Locke llegó dos días después, con su equipaje en una mano y ascendió por la escala que conducía a la escotilla de acceso del personal.

Al otro lado de la esclusa había varios hombres en actitud negligente. Uno de ellos vio a Locke y se echó a reír.

—Ya está aquí el hijito de mamá.

—¿Tienes secos los pañales, nene? —se burló otro.

—¿Te haces pipí en la cama por las noches?

—«Tero comer». «Nene tere biberón...»

Locke no se inmutó. Dejó la bolsa en el suelo, agarró con la mano izquierda al que tenía más cerca y lo derribó de un seco puñetazo.

Dos minutos más tarde, cuatro o cinco hombres yacían por el suelo en distintas posturas, gimiendo algunos, los que conservaban el conocimiento. Uno chillaba, lamentándose de su brazo roto.

Locke lo examinó rápidamente.

—Sí, está roto, pero ya te curarán en el hospital.

El sujeto salió volando a través de la compuerta y aterrizó en el duro suelo del astropuerto. Luego, Locke se volvió hacia los demás:

—¡A trabajar, gandules! —les increpó—. Hay que limpiar los metales, revisar instrumentos, materiales y pertrechos... ¿Os pagan por hurgaros en la nariz? ¿Quiere alguno seguir el mismo camino que ese

estúpido al que acabo de despedir?

Las burlas de que había sido objeto se debían a su rostro de facciones aniñadas. Locke contaba treinta años, pero aparentaba casi diez menos.

Su fuerza física, sin embargo, era prodigiosa, a pesar de que no era muy alto, ya que escasamente llegaba al metro ochenta. Las ropas holgadas que usaba habitualmente ocultaban su poderosa musculatura de la cual no hacía alarde sino cuando era estrictamente necesario.

Baume llegó horas más tarde y Locke le rindió un informe detallado de lo que había hecho.

—Capitán, ya me imagino que le han facilitado fondos en cantidad poco menos que ilimitada, pero no quiero que me escatime dos cosas: víveres y pertrechos, en especial repuestos. Aquí tiene una lista con todo lo que falta; si no lo compra, no haré el viaje.

El ojo visible de Baume brilló malignamente.

—Gary, a bordo, recuerde, el que manda soy yo…

—Los tripulantes lo saben. Están dispuestos a abandonar si no adquiere todo lo que figura en la lista —dijo el joven impasible.

Baume apretó las mandíbulas.

—Bien, vaya al almacén de Rory MacGuff y pídale todo lo que necesite con cargo a mi cuenta…

—MacDuff es un ladrón. Nos dará materiales defectuosos, seguramente de segunda mano, y las provisiones no tendrán ninguna garantía sanitaria. Sheila Warren es honrada y proporcionará todo con garantía de absoluta calidad.

—Sheila es amiga suya, ¿verdad? —dijo Baume maliciosamente.

—Es una mujer honrada en todos los sentidos, capitán. Pero también puedo indicarle nombres de otros comerciantes honestos…

—Está bien, está bien, vaya a hablar con Sheila. La verdad es que no me deja usted ningún resquicio para mi… satisfacción —dijo Baume quejumbrosamente.

—Yo sólo quiero que el viaje se haga en las condiciones más favorables, para tener un mínimo de posibilidades de regreso. Con materiales procedentes de la chatarra y alimentos pasados de fecha,

las posibilidades de vuelta a casa desaparecen y no precisamente en el remolino de Schardanf.

—Muy bien, le daré una nota para Sheila, a fin de que cargue los gastos en mi cuenta bancaria.

—Gracias, señor. Si todo va bien, podríamos zarpar mañana mismo —dijo Locke—. He tenido un par de encuentros con los tripulantes; les falta algo de disciplina, pero eso ya se arreglará durante el viaje.

—Por supuesto, y tiene las manos libres para conducirlos por el camino recto. Y ya que hablamos de camino… Nuestra primera escala será Holwiger-IX.

—¿Por qué allí? —se sorprendió Locke—. Esa estación no goza de buena fama, señor.

—Necesitaremos una carga extra de combustible y allí la encontraremos a mejor precio, sin desviarnos más que algunos grados de nuestra órbita.

Locke se encogió de hombros. Baume no tenía remedio; era capaz, por ahorrarse unos céntimos, de caminar a pie, bajo una lluvia torrencial y con las botas de agua bajo el brazo, para que no se gastasen las suelas.

—Sí, señor, iremos a Holwiger-IX —contestó.

CAPÍTULO II

Estaba decidida a fugarse y lo haría aquel mismo día. Su capacidad de aguante había llegado al límite. No podía seguir en aquella situación ni un día más.

No necesitaría equipaje, pensó, mientras se vestía con sencillez. Disponía de algunas monedas, producto de sus ahorros. Petunia Raggan y Troy Davick le debían mucho más, en realidad, el importe del salario de un año.

Petunia le decía que le guardaba el dinero en un Banco, para que le produjese buenos intereses. Tryna Slayter tenía la seguridad de que aquel dinero estaba en la cuenta de la mujer que gobernaba el espectáculo con mano de hierro... y con la colaboración del látigo de su amante Davick.

Habían llegado a Holwiger-IX, una estación con mucho tráfico. Constantemente arribaban y partían astronaves. Buscaría una, para viajar como polizón y...

Tryna se miró al espejo casi con lástima. No se parecía en nada a las hermosas mujeres que formaban parte del espectáculo. Todas hermosas, bien arregladas, vestidas con elegancia...

Ella, en cambio, llevaba un sencillo traje, en el que, incluso, se veían señales de recosido en algunas partes. El calzado consistía en unas viejas sandalias, desechadas por una de las «artistas» del espectáculo.

El pelo, mejor cuidado., debería haber brillado como hilos de oro. Ahora parecía paja. Un poco de maquillaje le había sentado bien a su cara, habitualmente pálida. En cuanto a la silueta, si no se sentía descontenta, tampoco era como para echar las campanas al vuelo y pedir que la comparasen con Venus Anfitrite.

Era la hora más apropiada. Terminó de arreglarse y abrió con precaución la puerta de su cámara.

Lentamente, procurando no hacer el menor ruido, se dirigió hacia la esclusa de salida. Estaba a punto de alcanzarla, cuando, de pronto, oyó un ligero carraspeo a sus espaldas.

—Ejem, ejem...

Tryna se volvió en el acto. Petunia Raggan, la «directora» del espectáculo, estaba allí, mirándola a la vez que sonreía perversamente.

Era una mujer alta, voluminosa, muy robusta. Tryna conocía sobradamente sus métodos y se estremeció al pensar en lo que podía ocurrirle.

—Pensabas marcharte, ¿verdad? —dijo la mujer—. Después de que pagué cinco mil créditos por ti, zorra piojosa, ¿quieres irte, sin que haya conseguido amortizar la inversión?

Tryna retrocedió unos pasos. La otra hizo un gesto con la cabeza.

—Vuelve a tu cámara —dijo.

La muchacha inspiró profundamente. «Ahora o nunca», pensó.

—No—contestó, lacónica.

En los ojos de Petunia brilló una chispa de cólera.

—El señor Davick se está vistiendo. Vendrá con su látigo, ¿sabes? Una vez te vio desnuda y dijo que tenías una espalda preciosa. ¿Te gustaría qué te la dejase como el lomo de una cebra?

A Tryna no le cabía la menor duda de que Zuff Davick era muy capaz de hacerlo. Todavía recordaba los gritos desgarradores de una de las chicas del conjunto, que se había negado a atender a un cliente. La chica había desaparecido al día siguiente y Petunia y su amante habían dicho que estaba en un hospital, pero por la nave se corrían rumores de que había muerto.

Davick apareció, en mangas de camisa, con su temible látigo en las manos. Era un contraste tremendo con Petunia: un hombrecillo seco, esmirriado, que pasaba muy poco del metro y medio y que apenas pesaba cincuenta kilos.

Pero era un artista del látigo, Tryna lo sabía muy bien. Además, podía lanzar un cuchillo a veinte pasos y clavar a una mosca en la pared. Y si tenía que deshacerse de alguien, lo hacía sin el menor remordimiento, con absoluta frialdad.

—¿Qué ocurre, palomita? —preguntó, dirigiéndose a la gigantesca mujer.

—La niña. Está descontenta y quiere marcharse.

Davick hizo un gesto de pesar.

—Eso no está bien —dijo—. Tienes que ser más agradecida con nosotros; te sacamos de la miseria, te evitamos la vida de una mula de carga, hicimos contigo el papel de los padres a los que no conociste; te hemos dado ropa, comida y alojamiento... y quieres dejamos sumidos en la tristeza de tu ausencia... —Suspiró profundamente—. Los jóvenes de hoy día no tienen el menor respeto hacia las personas de edad... Pero yo haré que te portes como una persona bien educada, quedándote aquí, para pagar con tu trabajo los inmensos favores que te hemos hecho...

Petunia empezó a maniobrar para situarse a espaldas de la muchacha. Tryna sabía lo que iba a suceder a continuación.

Las recias manos de la mujer la sujetarían por los brazos. Petunia podía inmovilizar a un caballo enfurecido, ella lo sabía muy bien. Y entonces, Davick usaría su látigo con sádica complacencia contra su espalda.

Pero no estaba dispuesta a dejarse azotar.

«Basta de soportar humillaciones. Eres una mujer, no un ratoncillo tímido y cobarde.»

Davick hizo lo que ella sabía haría primeramente, para amedrentarla: levantar el látigo y producir un chasquido terrorífico, antes de usarlo efectivamente contra su espalda. Petunia aprovecharía el aturdimiento para sujetarla y...

El látigo chasqueó, agitándose en el aire como una serpiente viva. Tryna alargó ambas manos y lo agarró, tirando hacia sí con fuerza.

Davick lanzó un grito de sorpresa al sentirse zarandeado, cayendo hacia adelante. El instinto le hizo soltar el látigo y Tryna, velozmente, se apoderó de él por el mango.

Petunia la tocó con una mano, no menos sorprendida que el hombro, pero Tryna disparó el pie derecho hacia atrás y golpeó su rodilla. La mujer chilló, a la vez que se llevaba ambas manos a la región afectada.

Tryna se sentía furiosísima. Habían sido muchas humillaciones, muchos insultos, imprecaciones de todas clases, bofetadas y patadas sin cuento, aunque hasta entonces no habían usado el látigo con ella. Pero era más de lo que podía soportar y estalló en un incontenible arranque de cólera.

El látigo, por otra parte, no era muy largo, menos de dos metros,

pero estaba rematado en su extremo por una bolita de acero con puntas un tanto romas. Davick era un virtuoso de aquel instrumento de tortura y podía azotar indefiniblemente a una persona, evitándole el salvaje contacto con la bola de metal.

A Tryna no le importaba si la bola alcanzaba o no al hombrecillo. Levantó el látigo y golpeó con todas sus fuerzas, justo cuando Davick empezaba a recobrar el equilibrio.

La bola de metal llegó al ojo izquierdo de Davick y, al retroceder, lo arrancó de su órbita. Davick lanzó un aullido desgarrador, a la vez que se llevaba ambas manos a la cara y caía de rodillas, incapaz de soportar el dolor.

Tryna vio que se había deshecho de un enemigo y se volvió hacia la mujer, estupefacta por una reacción que no había esperado. A los aullidos de Davick empezaron a abrirse puertas y numerosos rostros se asomaron al corredor para ver lo que sucedía.

Tryna se volvió y empezó a usar el látigo contra Petunia. La mujer se volvió de espaldas instintivamente, desconcertada por una rebeldía insospechada. Tryna usó el látigo varias veces. A cada golpe, Petunia lanzaba un espantoso chillido, coreado por las risas y aplausos de las espectadoras del suceso.

Pero Tryna carecía de espíritu vengativo y se dio por satisfecha con media docena de azotes. Tiró el látigo y saltó hacia la compuerta.

Desde allí, contempló el panorama. Davick continuaba arrodillado, con las manos en la cara, la sangre fluyendo a través de sus dedos, mientras gemía lastimeramente. Petunia estaba caída de costado y sollozaba con estruendosos hipidos.

Una cerrada ovación acogió la hazaña de la muchacha.

Tryna miró con justificado orgullo a las demás chicas.

—¡Me marcho! —anunció.

—¡Bravo, Tryna!

—Suerte...

—No vuelvas más a este infierno...

—Que seas feliz, Tryna...

La joven sonrió. Agitó una mano en señal de despedida y saltó

fuera de la nave.

Estaba en una zona en sombras y corrió en busca de refugio. Las luces de la ciudad se veían a lo lejos. Tryna sabía que no le convenía ir a lugar poblado. Aquella pareja de desalmados podían denunciarla y sería detenida y sometida a juicio... y después, devuelta a la nave. En tal caso, su futuro sería muy corto.

Mientras corría, vio en lo alto las brillantes luces de una nave que descendía lentamente hacia el astropuerto de Holwiger-IX. Tryna sabía bien lo que sucedería: la nave cargaría combustible, permanecería un par de días y luego reanudaría el viaje.

A ella no le importaba el destino de aquella nave; lo único que quería escapar a la indigna situación a que había estado sometida hasta entonces.

Encontró una pila de cajas y se escondió en el hueco que había entre dos de ellas. Esperaría el momento oportuno para introducirse en la nave sin ser vista. Una vez en vuelo...

* * *

—La carga está terminada, capitán —informó Locke veinticuatro horas más tarde—. Todo comprobado, incluso la pureza del combustible.

—¿No se fiaba del proveedor? —sonrió Baume.

—Holwiger-IX no tiene buena fama en cuanto a los productos que suministra —respondió el joven sin inmutarse—. Vamos a hacer un viaje poco menos que a ciegas y no quiero problemas en ningún momento.

—Está bien. Sabía lo que hacía cuando le elegí como segundo. Pero ahora hay un pequeño conflicto.

—¿Cuál, señor? —preguntó Locke, intrigado.

Baume se levantó y fue hacia una de las lucernas, señalando hacia otra nave que se divisaba a corta distancia.

—Vea —dijo—. El «show» de Madame Petunia. Los chicos me han pedido veinticuatro horas de permiso. No he visto motivos para negárselo.

—Eso del «show» es una metáfora. La realidad es que se trata de un prostíbulo ambulante...

Baume se encogió de hombros.

—Hemos tardado nada menos que un mes en llegar aquí. No sabemos cuándo volveremos a tomar tierra. Creo que los muchachos se merecen un poco de diversión.

—Muy bien, como usted quiera. ¿Qué hora ha fijado para la partida, señor?

—Mañana, a las diecinueve treinta, hora local.

Baume le dio una palmadita en el hombro.

—Es usted un magnífico oficial, pero ha de ser comprensivo con las debilidades humanas —dijo—. Bien, ya puede anunciar que las veinticuatro horas de permiso acaban de empezar.

—Sí, señor.

Un estridente alarido colectivo acogió las palabras que Locke pronunció a través de la red de megafonía interior. Locke dijo que el permiso se daba por finalizado a las cinco de la tarde del día siguiente, ya que zarparían dos horas y media después y era necesario que todo el mundo ocupase sus puestos. Y terminó diciendo que el que faltase, se encontraría con un serio conflicto, puesto que no cobraría la prima anunciada a su regreso a la Tierra.

Mientras los tripulantes salían alborotadamente, Locke se fue a su cámara y empezó a estudiar las cartas estelares, a fin de conocer a fondo la ruta que les llevaría al otro lado del remolino de Schardanf.

CAPÍTULO III

El médico levantó el apósito, observó un instante la herida y luego la volvió a cubrir.

—Eso no es nada, señor Davick —dijo—. Los progresos de la ciencia médica han conseguido que su herida esté a punto de cicatrizar. Pero la colocación de una prótesis exige su tiempo y no podrán ponerle un ojo nuevo antes de seis meses, y eso con suerte. No hay muchos ojos en el Banco correspondiente, ¿sabe?

—Quizá no me lo ponga —refunfuñó el herido—. ¿Cuánto le debo, doctor?

El galeno citó una cifra. Davick pagó sin rechistar.

Al abrir la puerta, entraron en la cámara una serie de ruidos de todas clases, pero que tenían un fácil significado.

—Parece que hay diversión —sonrió el médico.

—Los clientes disfrutan de nuestro espectáculo —contestó Petunia.

—Sí, ya veo... mejor dicho, oigo. Adiós.

Petunia cruzó la estancia para cerrar la puerta. Luego se encaró con el hombrecillo que estaba sentado desanimadamente en un rincón del sofá.

—Zuff, tenemos un problema Y muy grave.

Davick emitió un bufido.

—¿Un problema? ¿De qué clase?

—Hemos agotado ya el filón de Holwiger-IX. Si estamos aquí todavía es porque a ti te han quitado un ojo y porque acaba de llegar la «Terpinia» con una docena de tíos hambrientos de sexo. La temporada no ha sido demasiado buena, todo hay que decirlo, y si empezamos a pensar en lossueldos de las chicas, nos encontraremos con un déficit colosal. Hay que pagar también a la tripulación...

—Yo puedo pilotar la nave, Petunia —alegó Davick.

—No seas estúpido. Puedes hacerla despegar, pero, ¿te sientes

capaz de encontrar una órbita a la Tierra? ¿O a las colonias de Marte, Júpiter y Saturno? ¿Te crees con la pericia suficiente para llevarnos a Altair-2 o a Vega-XX?

Petunia aguardó unos instantes la respuesta del hombrecillo y, en vista de que él callaba, prosiguió:

—A las chicas se les puede engañar, pero no a los tripulantes. Y si no ven las hojas de ingreso de sus pagas en el Banco, nos dejarán plantados.

—¿Y…?

—Si les pagamos, no podemos comprar víveres. Las bodegas y despensas están prácticamente vacías. No podríamos cubrir dos jornadas de viaje sin quedarnos con sólo agua que llevar a la mesa.

—Bien, entonces, ¿qué solución das al problema?

Petunia señaló con el pulgar a sus espaldas.

—La «Terpinia» —dijo—. Acaba de llegar y tiene los almacenes repletos. He oído rumores que van a emprender un viaje muy largo y que por dicha razón han acumulado víveres suficientes para dos años y veinte personas, sin restricciones en la dieta.

—¿Estás sugiriéndome que…?

—A la noche, Zuff. Todos los tripulantes, incluso el capitán, están aquí. Sólo queda el segundo a bordo y yo conozco a un hombre capaz de quitarle la camisa con la chaqueta puesta.

—¿Es de confianza, Petunia?

—Absolutamente. Tú prepara una botella con un poco de «Onyril», ya sabes, el sedante que no deja secuelas ni causa malestar o depresión al despertar. El segundo dormirá como un angelito, pero ni un cañonazo junto al oído podría despertarlo. Creerá que ha dormido como todos los días; es un hombre joven y robusto y no notará el narcótico. Yo misma le llevaré la botella y le diré que es un obsequio del capitán Baume.

—Habrá que trasbordar los víveres, claro.

—Estúpido, tenemos carretillas eléctricas a bordo. Bueno, yo me voy a buscar al tipo que dirigirá la operación. Tú, encárgate de la botella con «Onyril», eso es todo.

Petunia se alejó, frotándose la cadera con una mano. A pesar de la pomada calmante, que le había quitado el dolor a los pocos minutos, aún sentía cierto escozor en los puntos donde el látigo había mordido su carne.

—Como pesque un día a esa mosquita muerta... —rezongó, mientras se recreaba pensando en los mil tormentos que aplicaría a Tryna si alguna vez tenía la suerte de ponerle la mano encima.

* * *

El grito resonó por el interior de la nave como un cañonazo, más por su significado que por el estruendo de la voz del que lo había proferido:

—¡Polizón a bordo!

El capitán Baume lo oyó e inmediatamente se desató en una retahíla de imprecaciones que sólo cesaron cuando se quedó sin aliento. Por su parte, Locke no esperó a que se lo ordenasen, sinó que corrió en el acto hacia el lugar donde suponía podía hallarse el polizón.

Un minuto después, halló, con gran sorpresa por su parte, que el polizón era una mujer, de apariencia vulgar en aquellos momentos, y en cuyo demacrado rostro se notaban las señales de varios días de abstinencia forzosa. Era bastante joven y caminaba sin oponer resistencia a los dos tripulantes que la sujetaban por los brazos.

—Estaba junto a la bodega número dos, señor, detrás de una de las cajas de repuestos de ropa —informó uno de los tripulantes.

Locke observó a la muchacha y no tardó demasiado en apreciar un notable estado de debilidad. Apenas si se podía sostener sobre sus piernas.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Tryna Slayter, señor —contestó ella con voz apagada.

Locke sintió en el acto una viva simpatía por la joven. Sus ropas indicaban penuria y debía de haberse sentido muydesesperada para introducirse subrepticiamente a bordo de la nave.

—¿Cuántos días llevas sin comer, chica?

—Cinco, señor... aunque a veces, salía y encontraba rastros de comida en la cocina...

Locke hizo un gesto con la mano.

—Está bien, llévenla a la cocina y que Fat le prepare un buen plato de sopa caliente. Yo iré a ver al capitán y luego les daré instrucciones sobre lo que se debe hacer con esta mujer.

—Sí, señor —contestaron los dos tripulantes al mismo tiempo.

Locke regresó al puente. Baume no se volvió siquiera para mirarle.

—Una mujer, joven, señor, muy depauperada por falta de alimentos. La he enviado a la cocina para que la den algo de comer. Luego la interrogaré y conoceré más detalles.

—Perfectamente, señor Locke. Por ahora, eso es todo. Más adelante, le comunicaré algo sobre la decisión que deba adoptar con respecto a ese polizón con faldas.

—Muy bien, capitán.

Locke se encaminó al comedor. Tryna estaba sentada ante un plato repleto de sopa caliente, en el que nadaban varios trozos de carne guisada.

—¿Cómo se encuentra? —sonrió.

—Un poco mejor, gracias. Siento mucho las molestias que les estoy causando...

—No se preocupe, todo se arreglará. A propósito, soy Gary Locke, segundo de a bordo.

—Mucho gusto, señor Locke —dijo Tryna, sonriendo débilmente.

Fat Prolo, cocinero de la nave, llegó con un plato lleno de huevos, salchichas, patatas fritas y guisantes.

—Estás transparente, chica. Come para que rellenes los huecos que hay entre tu piel y tus huesos —dijo jovialmente.

Prolo era un hombre obeso, rubicundo y de carácter jovial y extrovertido. Riendo con fuerza, se palmeó sonoramente el prominente abdomen.

—¡Cinco días sin probar bocado! —exclamó—. ¡Yo mepaso cuatro horas sin comer y a la quinta ya me comería uno de mis brazos!

Tryna hizo un esfuerzo por sonreír.

—Muchas gracias, señor Prolo.

—Llámame Fat, como todo el mundo. Señor Locke, ¿desea algo?

—No, gracias. Pero a la señorita Slayter le convendría un poco de vino para acompañar el menú.

—Sí, señor, ahora mismo se lo traigo.

—Y ahora, Tryna, quiero que me digas por qué estás a bordo y qué te impulsó a escaparte… ¿de dónde? —preguntó Locke.

—De la «Sunflower», señor.

—¿La nave de…?

—Sí, la misma.

—Conozco la fama de esa nave, aunque nunca he estado en ella para nada —dijo el joven—. Pero, aunque puede que me equivoque, tú no pareces una chica, de las que forman parte del… espectáculo.

—No, señor, pero la señora Raggan sí lo quería, aunque yo me negué en todo momento.

—No entiendo. Si no ibas a pertenecer a su espectáculo, ¿qué hacías en la nave?

—Mis padres adoptivos me vendieron, señor.

Locke se quedó con la boca abierta.

—¿Te vendieron… como si fueses una caja de botellas o un par de gallinas?

—Así fue, en efecto —respondió Tryna—. Yo no conocí a mis padres ni tengo la menor idea de dónde he nacido, aunque sí creo que tengo unos veinte años. Creo que mis padres adoptivos aceptaron cierta cantidad por tenerme con ellos, pero fue a los pocos meses de mi nacimiento. Durante mucho tiempo, viví con ellos y no me fue mal, pese a su pobreza. Pero en los últimos años, la sequía destruyó todas las cosechas y ya habían perdido todo cuanto tenían. Entonces llegó la «Sunflower» y la señora Raggan me compró por cinco mil créditos.

—¿Podía hacerlo?

Tryna se encogió de hombros.

—Sólo sé que me vendieron como si fuese una bestia yque, hasta

cierto punto, me alegré. Mi padre adoptivo empezaba a molestarme, usted ya me comprende, ¿verdad? A su esposa se le había agriado el genio y hasta me abofeteaba, cosa que nunca había hecho ni de pequeña. Constantemente me reprochaba los sacrificios que habían hecho por mí, que debía agradecérselo de alguna manera...

—No sigas. Llegó Petunia, te compró y tuviste que irte con ella.

—En efecto. Yo creía que necesitaban una sirvienta y así fue en un principio, pero muy pronto supe los motivos reales de mi compra. Querían refinarme, educarme, que aprendiera a leer y escribir... No sé leer ni escribir, ¿sabe? —dijo Tryna con los ojos bajos.

—Continúa, por favor —rogó Locke.

—Hace unas semanas, los malos tratos se agudizaron, cuando me negué rotundamente a formar parte del espectáculo. Petunia y el señor Davick dijeron que lo conseguirían por la fuerza... A las chicas que, según ellos, se portaban mal, las azotaban con un látigo de piel de rinoceronte de Shaldor, rematado en una bola de metal con puntas. Cuando intentaron azotarme, yo le arrebaté a él su látigo y le saqué un ojo de un golpe. A ella le di unos cuantos azotes y escapé... Luego, cuando vi la ocasión propicia, me refugié en esta nave... Señor Locke —preguntó Tryna ansiosamente—, ¿qué van a hacer conmigo? Puedo pagar mi pasaje, trabajando como sirvienta, en la limpieza, la cocina... Lo que sea, ¿me comprende?

A Locke, la muchacha le pareció en aquellos momentos un perro callejero bajo la lluvia, hambriento y apaleado.

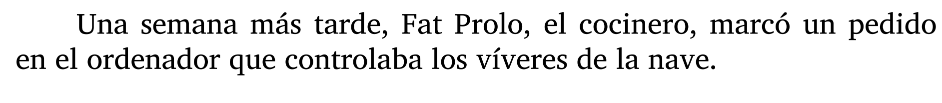
—Tendrá que decidirlo el capitán, aunque yo me imagino que te desembarcaré en algún astropuerto que no esté muy lejos de nuestra órbita —contestó—. De todos modos, no te preocupes por el importe del pasaje; ahora lo que te conviene es reponer fuerzas y recobrar al menos seis o siete kilos, que eso sí te hace falta verdaderamente. Tus ropas están muy mal y yo me ocuparé de suministrarte un equipo de prendas.

—Es usted muy bueno conmigo, señor Locke. Hada tanto tiempo que no oía una palabra amable...

Locke sonrió comprensivamente.

—Las cosas han cambiado para ti, Tryna —aseguró.

* * *



Una semana más tarde, Fat Prolo, el cocinero, marcó un pedido en el ordenador que controlaba los víveres de la nave.

—Somos catorce, más la chica... —murmuró frente a la máquina —. Quince pares de huevos, quince lonchas de tocino, treinta tostadas con mantequilla, quince tazas de café...

El pedido apareció en la pantalla y la respuesta llegó a los pocos instantes de una forma sumamente extraña:

—Quedan solamente doce huevos, nueve lonchas de tocino, catorce tostadas... Agotada la mantequilla... Café para seis tazas...

Los ojos de Prolo se salían de sus órbitas.

—Eso no puede ser —dijo—. Esta máquina maldita se ha estropeado. Cuando salimos de la Tierra, teníamos provisiones para dos años y veinte personas, sin límite en las raciones.

Volvió a marcar el pedido y recibió la misma respuesta.

Un juramento se escapó de sus labios. Acercándose a un teléfono, llamó a uno de los tripulantes.

—¡Mahita! ¡Mahita Araki! ¡Ven inmediatamente a la cocina! —tronó.

Araki apareció a los pocos momentos.

—¿Qué ocurre, Fat? —preguntó.

—Mira un momento —dijo Prolo.

Por tercera vez, tecleó el mismo pedido y obtuvo idéntica respuesta.

—Tú eres el experto en esta clase de cacharros. Averigua dónde está la avería, porque es absolutamente imposible que queden tan pocos víveres.

—Haré lo que pueda, pero, por casualidad, ¿se te ha ocurrido ir a la bodega de provisiones, a comprobar *in situ* las existencias? —contestó Araki en tono un tanto redicho.

—Tu honorable padre y tu no tan respetable madre —dijo el cocinero entre dientes—. Hay ochenta metros hasta la despensa y cientos de toneladas de provisiones. ¿Cómo puedo revisarlo todo antes de preparar el desayuno?

—Está bien, está bien, no te enfades. Haré lo que pueda, Fat.

Araki se aplicó inmediatamente a la tarea. Algunos tripulantes asomaron la cabeza, quejándose de que se retrasaba el desayuno, pero Prolo los echó a todos de mala manera.

—Tengo cegada la chimenea y no puedo encender el fuego hasta que termine este deshollinador —contestó, señalando a Araki con la mano.

—Muy gracioso —dijo el experto—. Cuando termine esto, te haré tragar esas palabras... con una bola de harina de cinco kilos de peso y sin agua.

CAPÍTULO IV

Casi a la misma hora, el capitán Baume hizo venir a su segundo al puente y le dio una orden:

—Señor Locke, a causa de su negligencia, tenemos un polizón a bordo. Para reparar su falta, he decidido que la desembarque en Ackheos-4, del que sólo estamos a millón y medio de kilómetros de distancia.

Locke se quedó helado y al oír aquellas palabras.

—Capitán, Ackheos-4 es un mundo desierto —exclamó.

—Perfectamente habitable por otra parte y con recursos ilimitados. Nuestra pasajera clandestina fue campesina en sus años mozos y sabrá sobrevivir en ese planeta.

—Señor, le ruego reconsidere...

—He estudiado todas las objeciones posibles y no he encontrado ninguna que pueda contrarrestar mis argumentos, en especial el más importante. Tryna Slayter, en una semana, se ha recobrado notablemente y acabará por ser lo que prometía cuando entró en la adolescencia: una hermosa mujer. Comprenderá que no quiera tener jaleos a bordo, con catorce tripulantes hambrientos de sexo y una mujer solamente para calmar sus ardores eróticos.

—Ella no querría, señor.

—Precisamente por eso mismo he resuelto dejarla en Ackheos-4. Tome el bote salvavidas, déjela en ese planeta y regrese a la nave. Le aguardaremos en una órbita geoestacionaria.

Baume le entregó una carta estelar.

—Aquí tiene marcadas las órbitas, señor Locke —agregó fríamente.

El joven entornó los ojos.

—Habrá de permitirme, al menos, que le diga una cosa, señor.

—Por supuesto, siempre estoy dispuesto a escuchar a mis subordinados —dijo Baume con fingida benevolencia.

Locke se inclinó hacia adelante.

—Desde el primer momento, usted se procuró el máximo de ganancias, sin importarle las consecuencias. A la «Terpinia» le faltaban dos botes salvavidas, pero eso hubiera representado un gasto que usted no estaba dispuesto a soportar, porque habría significado una merma en la subvención que recibió del gobierno para el viaje. Bien, yo llevo a la chica a su destierro en el único bote y... ¿qué pasaría si sufriese una avería?

—No sucederá tal cosa. Está en perfectas condiciones. Yo mismo lo he revisado, señor Locke.

—De acuerdo, pero si sucede algo, le haré a usted responsable.

—Todo comandante de astronave debe estar dispuesto a afrontar sus responsabilidades en cualquier momento... o no merecería ese título.

—Sí, señor —dijo el joven, conteniendo difícilmente la ira que sentía.

Agarró la carta estelar de un manotazo y salió del puente, encaminándose directamente a la cámara en que se alojaba la muchacha.

Al llegar a la puerta, tocó con los nudillos. Tryna abrió a los pocos momentos.

—Tengo una mala noticia que darte —manifestó.

Ella hizo un leve gesto de asentimiento.

—Estoy dispuesta —contestó.

—¿Cómo? ¿Sabías que...?

Tryna emitió una melancólica sonrisa.

—Ayer vino a verme el capitán y me hizo muchas preguntas. Al terminar, me dijo que, en cuanto pudiera, me desembarcaría de la «Terpinia».

—Comprendo. Yo soy el encargado de llevarte a tu destino... ¿Quieres acompañarme, Tryna?

—Sí, señor Locke.

Aunque el joven sabía que Baume, aparte de otras cualidades, era

un hombre competente cuando quería, hizo unarápida revisión del bote salvavidas encontrando todo normal; Al concluir, hizo una señal y Tryna se sentó a su lado.

—Es grande —dijo ella, mirando a todas partes.

—Tiene capacidad para doce personas y reservas de agua, comida y aire para dos semanas —contestó él, a la vez que movía la palanca roja que accionaba los controles de despegue.

El bote estaba unido a la nave por una batería de grapas, formando parte del casco externo. Unos pequeños cohetes la lanzaron al espacio, separándose de la «Terpinia» unos millares de metros en pocos minutos.

Debajo de ellos, Ackheos-4 lucía como una bola blanca azul.

—Una segunda Tierra —murmuró Locke, a la vez que se hacía cargo de los controles de la pequeña astronave.

Cinco minutos más tarde, se produjo una fuerte sacudida en la «Terpinia». El capitán Baume empezó a despotricar contra los constructores de los tubos que empleaban malos materiales y que se rompan en el momento menos oportuno. Pero todavía le faltaba por recibir una noticia aún peor.

—La computadora no mentía —dijo Araki poco después—. En la despensa hay exactamente la cantidad de provisiones que pudiste leer en la pantalla.

Prolo se quedó viendo visiones.

—No puede ser —exclamó.

—Ve a comprobarlo por ti mismo. En los frigoríficos no hay, porque no podrían sobrevivir, pero en los armarios de alimentos que no necesitan frío, hay telarañas.

El cocinero, abrumado, se sentó en un taburete.

—No comprendo cómo ha podido suceder —murmuró—. Yo mismo supervisé la carga de provisiones, con el segundo Locke, y ayudé a la estiba de los víveres. Había comida suficiente para todos y durante dos años... y ahora ha desaparecido, como si jamás hubiera existido.

Araki emitió una risita sarcástica.

—Mucho me temo que vamos a tener que bajar a Ackeheos-4 a organizar partidas de caza, porque no quedan provisiones suficientes para el regreso a Holwiger-IX.

—Iré a decírselo al capitán —decidió finalmente el cocinero.

—Llévate una bandeja para escudo —indicó Araki irónicamente —. En cuanto lo sepa, te arrojará a la cabeza lo primero que tenga a mano.

El capitán Baume estaba muy ocupado en aquel momento, examinando el informe de la avería que había producido aquella sacudida que se había notado poco antes en la mano.

Bryno Hark, ingeniero de la nave, se sentía muy poco optimista al respecto.

—Se ha producido una sobrecarga en el disyuntor de máxima, debido a la mala calidad del cable, y ha saltado. Entonces, los chorros direccionales de aquella banda han resultado afectados y, durante dos minutos, han actuado a plena potencia, fundiendo una conexión de metal, concretamente la denominada en lista con el número 44-OL.

—¿Eso es peligroso, señor Hark? —preguntó Baume.

—Estamos a punto de quedarnos sin energía, capitán. Si la conexión salta, el mástil principal se separará y perderemos el generador principal.

Baume se estremeció. Por razones de seguridad, la central de energía nuclear iba unida a la nave por un gran mástil, en el centro del cual había un enorme escudo circular, que podía evitar las radiaciones en caso de avería y si se producían grietas en las paredes del reactor. Si el mástil, largo de setenta metros, se rompía, la «Terpinia» quedaría con la planta de energía de emergencia, suficiente solamente para dar luz y calor, pero no para moverla a través del espacio.

—Está bien, haga lo que pueda, señor Hark...

Baume no terminó de hablar. Un horrible chasquido se propagó a todo lo largo de la estructura de la nave y resonó con siniestros ecos en el interior de la cámara de mando.

—Ya está, señor —dijo Hark lúgubremente—. La catástrofe se ha consumado.

Baume corrió hacia una de las lucernas. La planta principal de

energía, una gran bola, unida a lo que parecía un mango de metal cilíndrico, estaba separándose del resto de la nave. Algunos fragmentos de metal se habían desprendido de la estructura y volaban lentamente por el espacio, con un rumbo que al ingeniero se le antojó muy peligroso.

Al perder la energía, la nave perdía también velocidad. La planta de energía conservaba la suya, sin embargo, y parecíamoverse por el espacio a rumbo de colisión de la nave

—¡Por el amor de Dios! —gritó Baume—. Haga algo… Utilice los chorros direccionales de proa…

Hark cruzó los brazos sobre el pecho.

—Ya no hay nada que hacer. Esos chorros no funcionan sin la central principal —contestó.

La gran bola, con su trozo de mástil, más de tres cuartas partes del total, amenazaba con chocar contra el cuerpo principal de la nave. Conteniendo el aliento, los dos hombres vieron la aproximación de aquellos restos, para evitar la cual no disponían de ningún medio.

Un horrible chirrido se oyó de pronto cuando el extreme roto del mástil chocó de refilón contra el cuerpo de la nave Los timbres de alarma sonaron inmediatamente.

Las luces del cuadro de mandos parecieron enloquecer La nave volvió a moverse irregularmente. Hark se precipite hacia los controles.

—Ha sido desgarrado el casco en el pañol de trajes de vacío, que se ha quedado sin aire —informó—. Por fortuna los mamparos estancos han funcionado automáticamente y no hemos perdido presión.

—Eso significa que no podremos salir fuera, a una reparación de urgencia —dijo Baume.

—Mucho me temo que resulta imposible, en efecto, señor

Por encima de sus cabezas se oyeron un par de chasquidos

—¿Qué es eso? —preguntó el capitán.

Mark consultó el cuadro de control.

—La antena de comunicaciones lejanas… La otra antena ha saltado también y hemos perdido… No, por fortuna, los paneles

solares para la central de emergencia han quedado intactos.

—Al menos, disponemos de un bote —dijo Baume, de repente muy aliviado, al pensar en su segundo, que debía estar aún a no demasiada distancia de la nave—. Habrá que llamarlo y estudiar la forma de un remolque, para el regrese a Holwiger, ¿no le parece?

Las mandíbulas del ingeniero estaban muy juntas.

—Usted me contrató a mí apenas veinticuatro horas antes de zarpar, ¿no es eso?

—Bueno, me pareció el mejor...

—El único que tenía a mano y me juró que la nave había sido revisada a conciencia. Capitán, ¿por qué no compró un barco velero, como los que se utilizaban en el siglo XIX? Se habría ahorrado mucho más dinero, ¿no le parece?

El rostro de Baume estaba rojo como la grana.

—La «Terpinia» es una nave excelente...

—Yo conocía a un cirujano que hacía todas las operaciones con éxito, pero todos sus pacientes se le morían —dijo Hark con sangrienta ironía—. ¿Encontró la nave en un basurero? ¿O la construyó usted mismo con retazos de otras naves, adquiridos en una chatarrería, como si fuese un nuevo Frankenstein de metal? Si un chico de pocos años hubiera querido construir una nave con sus propias manos, lo habría hecho infinitamente mejor.

—¡Basta, señor Hark! —gritó Baume, evidentemente al borde de una crisis de nervios—. Hice lo que pude, con el escaso presupuesto que me otorgaron...

Hark le miró con infinito desprecio.

—Voy a ver lo que puedo hacer —manifestó—. Quizá consiga tomar contacto con el segundo y pedirle que regrese a la nave. Pero, lamentablemente, no puedo garantizárselo.

Prolo abrió la puerta en aquel momento.

—¡Capitán! —gritó.

—¡Maldita sea! —aulló Baume, exasperado—. Déjeme en paz ahora; no tengo ganas de desayunar...

—Me parece, señor —dijo el cocinero tranquilamente—, que va a tardar mucho en desayunar. Más tiempo del que se cree… porque nos hemos quedado sin provisiones.

* * *

El bote se separó de la nave y se lanzó hacia el blanco azulado planeta que se veía allá abajo, reluciendo en la negra noche del espacio como una joya de incomparable belleza. A Locke le recordó la Tierra, su planeta natal, y pensó que en Ackheos-4 no se debía de vivir tan mal, a menos que hubiera animales salvajes y feroces.

Las cartas estelares indicaban que era un mundo deshabitado, aunque perfectamente habitable. Sin embargo, había algo que no le gustaba en absoluto.

Baume debería haber vuelto a Holwiger-IX para dejar allí a su polizón. Abandonarla en un mundo desierto era una crueldad que bordeaba el sadismo, aunque comprendiese perfectamente que la presencia ce Tryna a bordo, habría resultado una fuente continua de perturbación y de conflictos entre los tripulantes.

Ya se habían producido un par de peleas, que él había podido dominar merced a su energía, y a la equitativa aplicación de unos puños capaces de abollar un mamparo metálico. Los problemas se habrían agudizado en un viaje de duración imprevisible, por lo que la decisión de hacer que Tryna dejase la nave era inobjetable… salvo por el hecho de que debía que darse en un planeta deshabitado.

La muchacha parecía resignada y estaba silenciosa a su lado. Un buen rato después del despegue, Locke concibió una idea que le pareció excelente en aquellas circunstancias.

—Tryna —rompió el silencio.

—¿Señor? —contestó ella.

—Tengo que dejarte en Ackheos-4, ¿sabes?

—Lo sé, señor —dijo la chica mansamente.

—No puedo hacer otra cosa, créeme. Aunque hubiera con seguido que el capitán te permitiese seguir a bordo, al fin e inevitablemente, se habrían producido serios conflictos. Incluso creo que Baume, para evitarlos, te habría matado. Puede perderte a ti, pero no a un solo tripulante, ¿comprendes?

—Estaré mejor en Ackheos-4, señor. De todos modos, quiero que

sepa que usted se ha portado siempre conmigo con mucha generosidad y comprensión, y eso es algo que no olvidaré en los días de mi vida.

—Gracias, Tryna. Bien, lo que quería decirte es que voy a dejarte algo para que un día alguien pueda venir en tu ayuda y devolverte un planeta habitado.

Ella se volvió hacia el joven por primera vez.

—¿Cómo lo va a hacer, señor?

—Bueno, el bote dispone de una baliza que emite llamadas de socorro automática y constantemente. El nombre de baliza no es tal vez correcto, pero funciona lo mismo que las que usaban los barcos antiguamente.

—Sí, señor, pero si me la deja a mí, usted no…

—Bah, no tiene importancia. Yo me vuelvo a la nave y en el pañol de pertrechos encontraré lo suficiente para construir otra.

—Siendo así, no puedo objetar nada. Pero, ¿cree que alguien recibirá esas llamadas de socorro?

—Seguro —contestó Locke—. Pasan muchas naves por las inmediaciones…

De pronto, se calló.

Acababa de recordar un detalle ya harto desagradable.

En los últimos tiempos, los viajes por aquella ruta se habían hecho escasísimos, debido a su proximidad a aquel misterioso remolino que había causado la pérdida de tantas astronaves. ¿Cuánto tiempo tardaría en pasar una nave por las inmediaciones de Ackheos-4?

El bote se estremeció ligeramente.

«Luego resolveré ese problema», se dijo Locke, atento a los mandos.

—Hemos penetrado en la atmósfera del planeta —dijo.

CAPÍTULO V

El bote había reducido su velocidad lo suficiente para un aterrizaje normal. De pronto, cuando se hallaban apenas a cien metros sobre el suelo, Locke vio que se apagaba una luz en el tablero de mandos.

El motor antigravedad se había quedado sin energía. En una fracción de segundo, Locke comprendió la gravísima situación en que se hallaban.

Podía escapar, conectando los chorros, que harían adquirir al bote una enorme velocidad en unos instantes, pero era un sistema que sólo se podía utilizar cuando no se pensaba tomar tierra. Si lo hacía, Dios sabía cuándo volvería a poner en funcionamiento el motor averiado.

Por fortuna, la desconexión no era instantánea. En realidad, la luz apagaba indicaba que al motor estropeado le quedaban algunos segundos de funcionamiento. No obstante, se veía ya con claridad que la velocidad de descenso aumentaba gradualmente.

Locke decidió correr el riesgo. Los asientos estaban bien acolchados y sus cuerpos soportarían sin dificultad el impacto contra el suelo. Pero aún se produjo una circunstancia afortunada que les evitó mayores daños.

Iban a aterrizar en un lugar poblado de grandes árboles, con copas muy frondosas. El bote cayó directamente sobre un árbol, cuya copa no medía menos de cuarenta metros de diámetro. El tronco, sin embargo, no debía de ser demasiado resistente, porque se quebró con tremendo crujido.

Chasquearon las ramas y unas cosas amarillentas saltaron por los aires, despidiendo chorros de líquido. Al cabo de unos momentos de bamboleo, la navecilla se quedó inmóvil.

—Bueno, hemos salido con bien de un aterrizaje que habría avergonzado a un principiante —dijo Locke, tratando de sonreír, a fin de animar a la chica—. Pero no ha sido nada de importancia, no temas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Tryna.

—Un pequeño fallo metálico —contestó él evasivamente—.

Bueno, vamos a ver cómo está la situación.

El bote había quedado ligeramente ladeado, no mucho, apenas una escora de 5°. Locke pensó que debería buscar la forma de nivelarlo y se estremeció al calcular la cantidad de ramas que debería cortar para conseguirlo.

—Lo mejor será que salgamos fuera para echar un vistazo —dijo.

Los sensores indicaban una atmósfera perfectamente respirable y una temperatura agradable de 22° C. Aunque el aparato disponía de esclusa con doble compuerta, para las salidas al exterior en el espacio, tenía también una escotilla simple, que abrió sin más problemas.

La distancia al suelo era de un par de metros y saltó fácilmente. Luego se volvió para tender una mano a la muchacha.

—Te marchas ya —dijo ella.

Locke hizo un gesto negativo.

—No tengo prisa. Ellos me aguardan allá arriba, en una órbita geoestacionaria, para no gastar energía —contestó—. Primero vamos a ver las averías que ha sufrido este cacharro.

La investigación le llevó relativamente poco tiempo. Pronto descubrió que en el motor antigravedad había un par de conexiones quemadas. Podría recomponerlas y no resultaría difícil, pero exigiría más tiempo de lo calculado para el regreso.

La cosa no le gustó en absoluto. Aquella avería indicaba desidia en la revisión, sino algo peor. Pero no quería pensar mal de nadie y se quedó con la hipótesis de la negligencia, parte de cuya culpa le tocaba a él también.

—Cuando embarqué en la «Terpinia», di por sentadas muchas cosas que no eran ciertas —dijo para sí.

Había otra solución: despegar a la manera de un avión antiguo. El bote disponía de unas pequeñas alas y un tren de aterrizaje con ruedas, que no había querido utilizar dado elfallo del otro generador y debido al hecho de que caían en un bosque.

Podría despejar la espesura, abriendo un camino en la vegetación. El suelo estaba horizontal y tenía a bordo un soplete descohesionador, aunque la tarea también le llevaba su tiempo.

Al cabo de un buen rato, se volvió hacia la chica, que le había

contemplado en silencio durante todo el tiempo, y sonrió.

—Voy a llamar a la «Terpinia» para anunciar nuestra situación y pedirles un poco de paciencia —dijo.

Tryna asintió en silencio. Locke se izó ágilmente a la nave y se sentó ante el cuadro de instrumentos.

Conectó la radio y se llevó el micrófono a los labios. Pero no llegó a pronunciar una sola palabra.

Con ojos morbosamente fijos en el cuadro de mandos, vio que la lámpara correspondiente al transmisor de radio permanecía apagada.

—No es posible —murmuró.

Sin embargo, y para salir de dudas, hizo un par de llamadas, sin obtener la menor respuesta.

—¿Qué diablos pasa allá arriba? ¿Están sordos? —barbotó furioso.

Al cabo de unos minutos, dejó el micrófono y se dedicó a investigar una posible avería del transmisor de radio. Soltó las presillas del panel protector y lo apartó a un lado. Entonces creyó que se le saltaban los ojos de las órbitas.

En el hueco que había quedado al descubierto, no había nada.

—¡Vacío! ¡Está vacío! —rugió.

Durante unos momentos, la cabeza le dio vueltas, mientras pensaba qué podía haber ocurrido. Los transmisores del par de trajes espaciales que había en el bote carecían de potencia suficiente para conseguir un enlace por radio a más de treinta y cinco mil kilómetros de distancia.

Al cabo de un minuto, y no sabiendo qué pensar, decidió que debía comunicarle a Tryna la situación. La chica no tenía por qué permanecer en la ignorancia acerca de las circunstancias en que se hallaban.

Abandonó la cámara de mando y saltó de nuevo al suelo. Parpadeó, asombrado una vez más.

Tryna había desaparecido.

* * *

Enfurecido, a pesar de que procuraba dominar los nervios, que sentía a punto de estallar, Locke decidió hacer un balance de la situación y entró una vez más en la nave.

Los dos trajes de vacío estaban en perfectas condiciones.

—Menos mal —dijo, aliviado.

Había también un propulsor individual, para casos de emergencia. Si era necesario, podía, incluso, utilizarlo como arma defensiva. El propulsor enviaba un chorro de fuego a cuatro o cinco metros de distancia y el atacante, hombre o fiera, no lo pasaría mal.

Los sopletes descohesionadores estaban asimismo a plena carga. El repuesto de herramientas, aunque incompleto, resultaba aceptable.

El pañol de víveres estaba repleto. Incluso había una caja con ropas y calzado de repuesto.

La situación no era tan mala como había pensado en un principio, aunque tampoco podría regresar a la «Terpinia» en un plazo relativamente breve.

—Me esperarán —se dijo.

Pero no estaba muy seguro de que fuese cierto. Baume dejaría pasar un plazo prudencial y luego seguiría su viaje.

De pronto, se acordó de la baliza de socorro.

No había baliza de socorro.

Sentado en su sillón, se pasó una mano por los ojos.

—¿Qué ha ocurrido aquí? ¿Por qué tantos fallos?

En la revisión de la nave se le habían pasado casi dos horas. De pronto, notó que, a través de la escotilla abierta, entraba un olor que hacía mucho tiempo no percibía.

—Por todos los diablos...

Levantándose de un salto, corrió a la escotilla y contempló un espectáculo asombroso.

Tryna había encendido una pequeña hoguera a pocos pasos del bote y estaba asando dos peces de buen tamaño. Al verle, la chica sonrió.

—Fui al río a pescar —dijo—. Hay uno a menos de doscientos metros y, cuando fui a darme un baño, vi que los peces abundaban extraordinariamente.

Locke se dijo que no debía hacerle reproches por haberse ausentado sin avisarle. Ella no lo había hecho con mala intención.

—¿Los has pescado a mano? —preguntó.

—Oh, no —respondió Tryna—. Hice lo mismo que en Kpary, el planeta donde yo vivía: corté una rama recta, agucé la punta y... —Enseñó una navaja de pequeñas dimensiones—. El dueño de este traje debió de olvidársela —añadió.

Locke saltó al suelo.

—Esos peces huelen deliciosamente —dijo.

—Estarán asados dentro de cinco minutos. Si hay platos a bordo, señor...

—Los hay —contestó Locke.

Regresó a la nave y vino a poco con dos platos, unas rebanadas de pan y una cafetera, además de un par de vasos. Tryna sirvió los pescados y se sentó en el suelo para comer.

—Pasé muchas amarguras en Kpary, pero, a veces, también disfrutaba de momentos felices —dijo evocadoramente.

—¿Por ejemplo?

—A veces tenía un rato libre y me iba a pasear por el campo. Aprendí muchas cosas, cazar, pescar... Mi padre adoptivo, en un principio, fue muy bueno conmigo y también me enseñó muchas habilidades.

—Y luego, las circunstancias cambiaron.

—Vinieron malos tiempos: tormentas, sequías... El carácter de mi padre adoptivo cambió. Su esposa no había tenido nunca demasiado buen genio, pero cuando se vieron abocados a una situación poco favorable, se hizo insoportable. Yo era ya una joven desarrollada y él empezó a buscarme...

—Entonces, para cortar los problemas, te vendieron.

—Fue ella, en realidad, aunque mi padre firmara los documentos.

—Y así acabaste en la nave de Madame Petunia.

—Dijeron que me contrataban primero como sirvienta y que más adelante me entrenarían para actuar en un escenario. Demasiado tarde me enteré de la verdad, pero no queríadegradarme y eludí todas las intentonas de hacerme trabajar como ellos querían, hasta que me resultó completamente imposible.

—En realidad, esa nave es un «sex-show» ambulante por el espacio —dijo Locke—. Pero lo importante es que pudiste escapar de aquella pareja de desalmados.

—Nunca lo celebraré bastante, señor —sonrió Tryna.

Locke meneó la cabeza pesarosamente.

—Puede que tengas que lamentarlo —dijo.

Ella mostró una viva sorpresa al oír aquellas palabras.

—¿Por qué? Estamos en un planeta perfectamente habitable y donde, con un poco de ingenio, se puede sobrevivir sin demasiados problemas. Ya sé que usted tiene que marcharse, pero no me importa; prefiero vivir sola aquí a continuar un minuto más en la nave de la señora Raggan.

—Tryna, celebro tu optimismo, pero mucho me temo que se va a disipar cuando conozcas nuestra verdadera situación —dijo Locke, a la vez que la miraba fijamente.

Y antes de que la chica pudiera hacerle alguna pregunta, le contó con todo detalle lo que sucedía.

* * *

Bruno Hark se apartó de la lucerna, haciendo un gesto de vivo desagrado.

—Nada, maldita sea, nada —mascculló—. Por más que me esfuerzo, no consigo establecer contacto con el señor Locke.

Algunos tripulantes le miraban con curiosidad. Hark había instalado junto a la lucerna un potente reflector, con el cual enviaba señales luminosas a la superficie del planeta. Había empezado al anochecer y ya amanecía, sin haber conseguido el menor resultado.

—Y él, ¿por qué diablos no está aquí? —preguntó uno.

Araki se frotó la mandíbula pensativamente.

—Yo me imagino sin demasiada dificultad lo que está sucediendo —manifestó.

—¿Sí? ¿De veras? —dijo otro irónicamente—. Anda, cuéntalo...

—Tuvimos la mala suerte de topar con un canalla. Me refiero, claro está al ilustre canalla e hijo de padre desconocido, que manda esta nave. Estoy seguro de que hizo algún trato con cierta persona, cuya fama no es mucho mejor, un tal Grafton Sickett, si alguno habéis oído hablar de él.

—Un amigo mío me dijo que, cuando se pasa junto a Sickett, hay que abrocharse el traje hasta el cuello y sujetar la billetera con dos manos —gruñó Prolo el cocinero, quien, como no tenía trabajo, se había unido al grupo de curiosos.

—¿Qué clase de trato? —preguntó Hark.

—No puedo decirle con exactitud, pero no me extrañaría que hubiesen planeado la pérdida de la nave, para cobrar el seguro. El gobierno aceptó su presupuesto y él se ha embolsado lindamente tres cuartas partes, al menos. Por eso estamos a bordo de este cascajo.

Alguien irrumpió en la cámara bruscamente.

—Cocinero, maldita sea, tengo hambre —bramó.

—Empieza por la mano izquierda, puesto que no eres zurdo —respondió Prolo—. Puedes cortarla y ponerla luego a cocer con agua y sal. Te aseguro que chupar los huesecillos es un placer de dioses.

El recién llegado parpadeó.

—Fat, por todos los diablos, no estarás hablando en serio —exclamó.

—El canibalismo ha sido siempre el procedimiento que han empleado ciertos individuos para sobrevivir en circunstancias excepcionales.

—¡Dios, no! —exclamó uno—. ¿Tratas de decirnos que llegara un momento en que uno de nosotros habrá de servir de alimento a los demás?

—Nunca ocurrirá una cosa semejante —se horrorizó Hark.

—Dentro de una semana, ven a decírmelo —contestó Prolo

sombríamente.

Lafe Dealon tragó saliva.

—Y... y... en tal caso... ¿habría sorteo?

—Para el primero de la lista, no —dijo el cocinero.

—Ah, ya lo has elegido —sonrió Araki.

—¿Quién es? —preguntó Hark.

Prolo señaló con la barbilla en determinada dirección.

—«Él» —respondió.

CAPÍTULO VI

Un par de paneles exteriores del aparato habían sido separados del casco y yacían en el suelo. Tendido de espaldas, en el interior, Locke procuraba encontrar la avería que había desconectado el motor antigravedad antes de tiempo.

Lo primero que había hecho era preparar unos soportes, mediante unos caballetes de construcción artesana, elevando gradualmente el bote con la ayuda de un gato mecánico. La tarea le había llevado una semana larga, hasta que juzgó conveniente podía trabajar sin riesgo.

El bote tenía un tren de aterrizaje normal, pero no quería exponerlo a averías innecesarias. Si su reparación no daba resultado, intentarían despegar por el procedimiento normal.

Tryna llegó en aquel momento.

—Señor... —llamó.

Locke salió del interior de la nave y sonrió.

—Tryna, ya es hora de que recuerdes mi nombre. Y llámame de tú; no me gusta que me trates como si yo fuese un príncipe.

La chica sonrió.

—Está bien, como quieras, Gary.

—Ibas a decirme algo, supongo.

—Sí, señor... Bueno, la verdad es que me cuesta todavía mucho decirte Gary...

—Es sólo cuestión de costumbre, no te preocupes. Bien, ¿qué ocurre?

—Sospecho que vamos a estar aquí más tiempo del calculado —dijo la chica.

—Me parece que sí —admitió él tristemente—. He encontrado la avería, como dije; pero lo difícil será la pieza de repuesto. No la tengo a bordo, simplemente.

—¿No puedes construirla tú mismo?

Locke hizo un gesto de duda.

—Es una pieza pequeña, pero muy complicada y necesita de ciertos elementos de los que carezco a bordo de la nave. Sinceramente, Tryna, no sé cómo me las voy a arreglar. Si dispusiera de transmisor de radio, llamaría a la «Terpinia» y les diría lo que pasa. El capitán Baume volvería a Holwiger-IX, compraría la pieza, otro bote de repuesto y... Pero sin radio, eso es un bello sueño, completamente irrealizable.

—De todos modos, yo creo que el capitán Baume quiere ayudarte.

—¿Cómo? —dijo él, asombrado.

—La «Terpinia» está constantemente sobre nosotros, ¿verdad?

—En efecto, en lo que se llama una órbita geoestacionaria, girando en el espacio a la misma velocidad que Ackheos-4. La distancia es de unos treinta y cinco mil kilómetros y, de este modo, el ahorro de combustible es prácticamente total, salvo el necesario para luz, calefacción y demás.

—Está bien, te lo explicaré. Anoche me sentía un tanto nerviosa y me desvelé. Salí fuera a pasear un poco, para tranquilizarme, y al levantar la vista hacia el cielo, vi una chispa de luz que se encendía y apagaba intermitentemente, como si alguien nos hiciese señales con una lámpara.

Locke se atiesó en el acto.

—¿Estás segura, Tryna?

—Absolutamente —respondió ella.

—¿Sabes cuánto duró ese chisporroteo?

—No puedo asegurarlo, Gary. Yo lo miré durante algunos minutos y entonces, aunque me extrañó, no le concedí importancia. Luego, pensando en eso, se me ocurrió que tal vez alguien podría hacerte señales desde la «Terpinia».

Locke frunció el ceño.

—Me habrán estado llamando por radio, debido a la tardanza en regresar. En vista de que no contesto, han decidido hacerme señales luminosas, para averiguar qué me ocurre. Posiblemente, me fijarán un plazo para el regreso y luego semarcharán... Está bien, a la noche prepararé un reflector, para comunicarme con ellos apenas vea sus señales. Gracias por el aviso, Tryna.

Ella sonrió.

—Me pareció que debías saberlo —contestó—. ¿Te importa que salga a cazar? —consultó.

—Tenemos comida de sobra...

—Convendría estar prevenidos —dijo la chica—. Además, ¿qué voy a hacer yo aquí, mano sobre mano? No puedo ayudarte en tu tarea, pero sí estoy en condiciones de traer comida fresca. Dime, Gary, ¿cuánto tiempo hace que no comes un buen pedazo de carne asada a las brasas?

A Locke se le hizo la boca agua.

—Eso es algo que ya casi se lee solamente en los libros —sonrió.

—En Kpary era un plato común. Abundaba la caza y no había problemas de alimentación.

—¿De acuerdo, pero, ¿con qué vas a cazar? ¿Un venablo, tal vez, como el que usas para la pesca?

Ella sonrió maliciosamente. Fue al otro lado de un arbusto y sacó un arco y media docena de flechas.

—Lo hice yo —dijo, orgullosamente.

Locke hizo un gesto de aprobación.

—Eres una chica estupenda, Tryna. Te deseo mucha suerte y buenas presas.

—Habrá carne asada para la cena —prometió ella.

Dio media vuelta y se alejó con paso gimnástico. Locke la contempló unos instantes y luego meneó la cabeza.

—Un diamante en bruto —murmuró—. ¿Quién será el afortunado hombre que sepa pulirlo?

Pero era un problema que no se podía resolver de inmediato, por lo que se aplicó nuevamente al trabajo.

* * *

La temperatura era excelente y Locke se hallaba recostado sobre la hierba del claro. Las brasas de la hoguera estaban a unos pasos de distancia, apagándose gradualmente. Locke sesentía poseído por una

dulce somnolencia, debido a la cena que Tryna había preparado con tanta habilidad. Aún se relamía al pensar en el enorme trozo de lo que parecía una pierna de venado terrestre, que había constituido el plato fuerte.

—La verdad es que nunca había probado nada tan exquisito —dijo, después de un largo rato de silencio.

—Comida enteramente natural —repuso ella—. Estás habituado a lo artificial, a lo preparado de antemano, a las latas de conservas... Todo es muy bueno y sano, pero no se puede comparar con lo natural, insisto. He visto ciertos árboles frutales a lo lejos, pero no pude acercarme porque perseguía a la presa. Mañana iré a ver; juraría que son naranjos. Tengo que buscar también plantas comestibles, para sembrar cuando llegue la temporada...

—No te morirás de hambre, ¿verdad? —sonrió él.

—Vuelve a verme dentro de un par de años y verás qué distinto te resulta todo, Gary.

Locke miró fijamente a la muchacha. «Pero, ¿debo dejarla abandonada en este planeta?», se preguntó.

De súbito, Tryna lanzó una exclamación:

—¡Mira, Gary, las señales!

El joven alzó la vista. Arriba, en la negrura del espacio, se divisaba una minúscula chispita de luz que se encendía y apagaba intermitentemente.

—Parecen señales en Morse... Voy a comprobarlo...

El bote salvavidas disponía de un pequeño telescopio, que había instalado al exterior. Un poco más allá, sobre un trípode, había un potente reflector, con un cable conectado al generador de la nave y el interruptor al alcance de la mano, para dar la respuesta adecuada, si resultaba cierto que aquellos chispazos de luz procedían de la «Terpinia».

A los pocos segundos, pudo comprobar que Tryna estaba en lo cierto.

—Sí —exclamó—. Son ellos. Están haciendo señales en Morse.

—¿Qué es eso? —preguntó la chica.

—Un alfabeto especial... Aguarda un momento; voy a enviarles la señal de «Visto, paso a recibir».

Con el interruptor encendió y apagó su propio faro. Momentos después, vio la respuesta a treinta y cinco mil kilómetros de distancia:

—*Locke, sube, pronto. Estamos sin energía ni provisiones. Ven a remolcarnos para regresar a Holwiger* —tradujo en voz alta para que lo supiera la muchacha.

—¿Sin energía y provisiones? —se extrañó ella—. ¿Cómo puede ser eso?

—*Recibida comunicación* —dijo Locke en su respuesta a la nave—. *¿Qué ha sucedido?*

—*Baume es un granuja. Materiales defectuosos. Perdimos generador principal. Colisionó con nave y rasgó casco en pañol trajes espacio. Imposible salir exterior. Energía suficiente para mínimos. Inexplicable desaparición víveres. Estamos ya sin comida. Por favor, sube inmediatamente.*

Locke se sintió, abrumado al comprender la gravedad de la situación a bordo de la «Terpinia».

—*Imposible despegar por avería irreparable generador antigravedad. Trato de construir fusible quemado, pero carezco materiales adecuados. Hark puede darme instrucciones para un fusible de emergencia.*

El ingeniero leyó la respuesta que le llegaba desde la superficie del planeta y lanzó una espantosa blasfemia.

—No tiene nada a bordo con lo que se pueda suplir ese maldito fusible —dijo a los que le rodeaban, esperando ansiosamente las respuestas del segundo—. Se lo diré así y... también le diré otra cosa.

Hark inspiró con fuerza.

—*Esto es una despedida, Gary* —señaló por el alfabeto Morse—. *El reflector consume demasiada energía. No sé qué haremos... pero creo que no volveremos a vernos. Tú eres mucho más afortunado; Ackheos es perfectamente habitable y tendrás comida sin dificultad. Adiós y buena suerte.*

—*Esto no es una despedida definitiva, Bruno* —señaló Locke desesperadamente—. *Haré lo imposible para arreglar la avería y subir a ayudaros. No perdáis la esperanza, os lo ruego.*

Hark ya no quiso contestar. Desconectó el reflector y se volvió hacia su auditorio.

—Es posible que pase una nave por las inmediaciones, aunque lo dudo mucho. La energía que no puedo consumir en comunicarme con el segundo, debe ser utilizada para tener un faro-baliza encendido permanentemente. Las naves son muy escasas ahora en este sector, pero, si pasa alguna, puede venir a ayudarnos.

—¿Y si nadie viene a socorrernos? —preguntó Araki.

Un horrible silencio gravitó sobre el ambiente.

—Tomamos una decisión y habrá que respetarla —contestó Hark, después de una larga pausa—. Primero, el culpable de nuestra situación. Después... ¡sorteo!

CAPÍTULO VII

—No puedo creer que allá arriba no hayan sido capaces de solucionar el problema —dijo Locke algunas semanas más tarde, mientras Tryna se disponía a preparar el desayuno.

—Tú tampoco has conseguido nada —respondió ella—. ¿No hay posibilidades?

—Quizá una, pero puede que nos lleve demasiado tiempo... suponiendo que consigamos acabarla con efectividad.

—A ver, explícate.

—Un despegue normal, con los chorros, tomando velocidad en un terreno llano, hasta conseguir que las cortas alas de la nave adquieran sustentación y podamos elevarnos.

—O sea, buscar una llanura y trasladar allí la nave...

—No —contradijo Locke—. Tiene que ser aquí mismo, con el soplete descohesionador, es decir, barriendo la vegetación y abriendo una calle en el bosque. Sin embargo, dudo mucho de que la carga del generador lo permita en la extensión suficiente.

—El río está a doscientos metros, pero hay pendiente un tanto irregular. En la dirección opuesta, el bosque alcanza lo menos veinte kilómetros. Y tampoco el suelo es tan llano como, me parece, se necesita.

Locke apretó los labios, para no lanzar un juramento de rabia.

—No sé si eso llegará a suceder, pero, cuando me encuentre al maldito capitán Baume, le sacaré la nariz por el cogote de un buen puñetazo —dijo.

Sonriendo, Tryna le entregó una taza humeante.

—Por ahora, piensa mejor en llenar el estómago —aconsejó.

Locke contempló un instante a la muchacha. En aquellas semanas, Tryna había experimentado un cambio total. Ya no era la chica con aspecto de perro mojado y apaleado, sino una espléndida mujer, a quien la vida al aire libre, en plena naturaleza, había sentado maravillosamente.

Se había tostado su piel y su cuerpo, sin perder esbeltez, había adquirido unos contornos firmes, netamente femeninos. Incluso el pelo parecía haber cambiado un tanto de color, pero para mejorar y ahora daba la sensación de estar constituido por hebras de oro puro.

—Tryna, recuerdo que una vez me dijiste que no sabías leer ni escribir —dijo de pronto.

—Así es. Mis padres no se molestaron nunca... Por otra parte, vivíamos relativamente aislados; la escuela estaba lejos y era cara...

—¿Te gustaría aprender?

—Sí, pero, ¿quién me enseñaría?

—Yo, naturalmente.

—Gary, no puedo permitir que te tomes tantas molestias por mí...

—Una hora al día, sería suficiente y podrías continuar cazando y pescando; recolectar frutas y sembrar semillas... No sería demasiado trabajo, te lo aseguro.

—Está bien, pero antes quiero que me digas una cosa: ¿De veras no hay solución para la avería?

—Creo haber encontrado algo que puede resultar, pero tengo que estudiarlo primero a fondo, trazando antes los esquemas para hacer los cálculos pertinentes. Si todo resulta tal como pienso, tendré que ir restando pequeñas cantidades de materiales a otras piezas, de modo que no puedan fallar, aunque su duración sea menor a la exigida por las normas.

—Y entonces, construirías el fusible quemado, claro.

—Cuando tenga todo listo, habré de construir también un microscopio, un aparato que sirve para ver las cosas más grandes de lo que son en realidad. Creo que con treinta aumentos tendré suficiente, pero habré de buscar las lentes en cámaras que no necesite utilizar. O bien, devolverlos después a sus primitivos emplazamientos.

—Y eso, ¿te llevará mucho tiempo?

Locke emitió un hondo suspiro.

—En el mejor de los casos, ocho semanas —contestó.

—Y ya llevamos aquí seis, por lo menos.

—Exactamente, treinta y cuatro días. Bien, voy a poner manos a la obra y, a las ocho de la noche, recuerda: la primera clase.

Tryna sonrió:

—Seré una alumna modelo —prometió.

* * *

De la «Terpinia» no habían vuelto a tener noticias. Locke, en ocasiones, enfocaba el telescopio hacia el lugar donde estaba la nave orbitando en torno al planeta, pero apenas la divisaba como un puntito brillante en el espacio.

Vino luego la temporada de lluvias y apenas podían salir del bote. Cuando el tiempo mejoró, Locke dijo que tendría que buscar combustible.

—He de fundir un par de piezas y no quiero correr el riesgo de agotar la carga del generador —explicó.

—Yo te ayudaré —manifestó ella—. ¿Mucha leña?

—Tres o cuatro toneladas, por lo menos. No tengo carbón mineral y habré de calentar varias piedras hasta que estén al rojo blanco.

—¿Hay un hacha a bordo?

—Una sierra mecánica, con motor por batería.

Tryna se encaminó hacia la puerta.

—Vamos, no perdamos tiempo —dijo.

Cuarenta y ocho horas más tarde, se elevaban a lo alto las llamas de una gigantesca pira. Al día siguiente, Locke pudo iniciar las operaciones de lo que, aseguró, iba a ser el último trabajo.

—Si no sale bien, ya puedes empezar a pensar en quedarte aquí para siempre —dijo.

—Ah, piensas llevarme contigo.

—Tryna —dijo él solemnemente—, no sé qué va a ser de nosotros ni qué nos puede ocurrir, pero pase lo que pase, no pienso dejarte sola jamás. Ni aquí ni en ninguna parte, ¿entiendes?

Ella le miró un segundo a los ojos y luego de repente, saltó hacia él y se colgó de su cuello.

—Pero, ¿no temes que el capitán Baume ponga objeciones?

—¡Al diablo con Baume! Si dice algo, le pegaré…

De repente, Tryna se echó a llorar. Locke se desconcertó.

—Oye, que no te he dicho nada malo ni ofensivo —exclamó.

—Precisamente por eso mismo, tonto —hipó ella.

El joven comprendió y la atrajo tiernamente contra su pecho.

—Ya no nos separaremos jamás —prometió.

Tres días más tarde, Locke, sentado ante los mandos de la nave, se volvió hacia la chica.

—Cruza los dedos, Tryna; es señal de desear buena suerte —dijo.

Ella estaba sentada a su lado.

—Todo saldrá bien, querido —aseguró.

Locke se inclinó hacia adelante y pulsó la tecla de encendido. Las luces del cuadro de mando se encendieron en acto el acto, en verde.

—Todo en orden —murmuró—. Bien, vamos allá…

Con el corazón latiendo aceleradamente, inició las operaciones de despegue. Una aguja indicadora pareció fallar, pero pronto señaló la tensión correcta y el aparato empezó a levantarse del suelo con gran lentitud.

Locke no quiso correr riesgos. Apenas se vio a diez metros sobre las copas de los árboles más altos, conectó los chorros, dio energía a fondo y el bote salió disparado hacia las alturas.

* * *

La «Terpinia» flotaba silenciosa en el espacio, aparentemente inmóvil, y a medida que se aproximaban, Locke emitía constantes señales luminosas, sin que, en ningún momento, recibiera respuesta.

El joven se sintió pesimista.

—No hay sobrevivientes —dijo sombríamente.

Minutos después, se situaban junto a una de las escotillas.

—No disponemos de túnel estanco de acceso, de modo que

tenemos que usar los trajes espaciales —continuó—. Ya te he enseñado su manejo, pero debes tener en cuenta que en ningún momento debes separarte de mí.

—Entendido —respondió Tierna.

Unos arpeos electromagnéticos sirvieron para mantener el bote pegado al casco de la «Terpinia». Luego, Locke ayudó a equiparse a la muchacha, haciéndolo él a continuación.

El suministro de aire y la calefacción del traje eran satisfactorios. Locke salió del bote, seguido por la muchacha y se situó junto al mando exterior de apertura de la escotilla.

La compuerta giró sin dificultad. Pasaron a la esclusa, cerró, estableció una presión normal y se dispuso a abrir.

Entonces, notó algo extraño.

A su lado, Tryna lanzó un grito de susto:

—¡Gary, me estoy despegando del suelo!

El joven se volvió. Tryna estaba a un par de palmos del suelo y él mismo se sintió muy ligero, sin peso.

—La nave se ha quedado sin gravedad —adivinó—. Arreglaré eso más tarde.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. ¿Qué encontrarían cuando hubieran abierto la compuerta interior?

La presión era ya normal y la compuerta giró a un lado. Locke cruzó el umbral y entonces vio venir hacia sí, muy lentamente, movido por las corrientes de aire causadas por el funcionamiento de la esclusa, un objeto que no supo identificar en el primer momento.

La cosa se acercó un poco más. Locke vio lo que era y se sintió acometido por una indescriptible sensación de horror.

—Dios mío, no es posible...

Tryna lo vio también y lanzó un agudísimo chillido. Sintió náuseas y volvió la cabeza a un lado, para no contemplar aquellas dos costillas humanas, completamente descarnadas, unidas todavía a sus vértebras y éstas también juntas, pero separadas del cuerpo del que habían formado parte.

Con la mano, Locke apartó aquellos macabros restos a un lado.

Iba a seguir andando, cuando, de pronto, se abrió una puerta.

Algo que apenas tenía forma humana asomó al exterior.

Tryna, aterrada, retrocedió unos pasos, a la vez que se esforzaba para no gritar.

El hombre era sólo piel y huesos. Sus mejillas estaban hundidas y los ojos resaltaban en unas profundas cuencas que más parecían las de una calavera que las de un rostro humano.

Locke trató de reconocer al sujeto, pero le resultó imposible. El cambio de fisonomía era total.

—¿Quién eres? —preguntó—. Soy el segundo Locke… ¿Dónde están los demás?

El hombre no les veía. Locke adivinó que su mente había sufrido un colapso total.

—Contesta, por favor…

De pronto, le pareció que era el ingeniero Hark.

—¡Bruno! —gritó.

El hombre no le hizo el menor caso. Tambaleándose, con paso inseguro, avanzó por el amplio corredor en una dirección que a Locke se le antojó significativa.

—Va a la cocina —murmuró.

Era preciso actuar con mucha delicadeza. Hark no les había visto, pero, inevitablemente, habría que volver a entrarle en razón.

Sería difícil, sin embargo. Si era el último superviviente, y en tal caso, lo había conseguido mediante un procedimiento que Locke no se atrevía siquiera a expresar verdaderamente era muy posible que Hark no volviese nunca a la cordura de un hombre normal.

Su mente se negaría a admitir lo ocurrido. Jamás volvería a la razón y, tristemente tuvo que admitirlo, quizá era lo mejor para él.

Para no estorbarle, agarró a Tryna por un brazo y la apartó a un lado. Inesperadamente, Hark abrió la compuerta y pasó a la esclusa.

—¡Páralo, Gary! —gritó la muchacha, al adivinar las intenciones de Hark.

Locke reaccionó, pero ya era demasiado tarde. Hark había abierto la compuerta externa y el aire salió con violencia huracanada, arrastrándole al frío de los abismos espaciales

Locke y la muchacha se sintieron absorbidos por un torbellino irresistible, pero, afortunadamente, los mecanismosautomáticos funcionaban y la compuerta interna se cerró por sí sola, justo cuando estaban a punto de ser expulsados asimismo fuera de la nave.

A través de la cámara de observación, contigua a la compuerta, pudieron ver a Hark envuelto primeramente en una nube de vapor blanquecino, que no era sino aire súbitamente congelado, y luego con mayor claridad, solo, aislado en el infinito, horriblemente deformado por el sometimiento a un súbito vacío total. Convertido en una grotesca aspa, brazos y piernas abiertos, se alejó lentamente de la nave, hasta perderse de vista en la noche infinita.

Después de la tensión de aquellos insoportables momentos, vino la relajación y la relativa alegría de saberse a salvo en lugar seguro.

Lo primero que hizo Locke fue consultar los indicadores. La presión interna se restablecía satisfactoriamente. El capitán Baume podía ser un granuja para algunas cosas, menos para los mínimos de supervivencia y los generadores independientes de aire y climatización funcionaban sin problemas.

Al cabo de unos momentos, supo que podían quitarse la escafandra sin riesgos.

—Bien —dijo entonces, vamos a averiguar de una vez por todas qué ha sucedido aquí durante nuestra ausencia.

CAPÍTULO VIII

Sentado en la cámara que había sido del capitán Baume, Locke, estremecido de horror, leía las anotaciones realizadas en el cuaderno de bitácora.

Bruno Hark había tenido la sangre fría de registrar todo cuanto había sucedido en la «Terpinia» desde el momento en que se produjeron las primeras averías que la sujetaron en la órbita geoestacionaria en torno a Ackheos-4 y se notó la ausencia de la práctica totalidad de las existencias de víveres

Era un relato horrendo, que ponía los pelos de punta Los tripulantes habían hecho bueno el primer acuerdo, sacrificar a Baume para que les sirviera de alimento. Después…

Tryna entró en aquel momento.

—Nunca he visto nada igual —declaró, sentándose frente al joven —. Debieron de ocurrir cosas espantosas a bordo. He tenido que arrojar al extractor de desperdicios un esqueleto entero.

—Sí, vimos algunos fragmentos al entrar en la nave —convino Locke.

—Pero no había más rastros humanos...

—Hark fue arrojando al espacio los restos de quienes le precedieron. —El joven tocó con un dedo el libro que tenía en las manos—. Lo anotó todo puntualmente, sin omitir el menor detalle.

—Tuvieron que recurrir al canibalismo.

—Baume fue el primero. Hark, y los demás estuvieron de acuerdo con él, que Baume era el culpable de la situación y debía ser sacrificado en primer lugar, como así se hizo. Sin duda, creyeron que en el intervalo llegaría una nave de socorro, pero no fue así. Acabado Baume, recurrieron al sorteo.

Tryna sintió un escalofrío.

—Debía de ser horrible..., doce hombres mirando ansiosamente una bolsa o algo por el estilo, con doce papeletas… rogando frenéticamente para que el nombre que debía salir no fuese el suyo...

—Nada menos que cinco no pudieron soportar la tensión y

saltaron al espacio, para acabar cuanto antes.

—¿Y los demás?

—Esperaron, pero en vano. Hark fue el último superviviente y ya has visto, enloqueció. Aunque hubiéramos podido salvarlo, no habría reaccionado ya jamás.

—¿Por qué? —dijo la chica—. ¿Por qué tuvo que hacer Baume una cosa semejante? ¿Sólo por avaricia? Si el gobierno le otorgó una subvención, ¿se conformó con lo que estafaba en baja calidad de materiales y una nave que no estaba del todo en condiciones?

—Quizá había más, pero no creo que lleguemos a averiguarlo. Bien, ahora tendré que dedicarme a hacer cálculos.

—¿Qué piensas hacer, Gary?

—Es evidente que no podemos seguir aquí y hemos de regresar como sea a Holwiger-IX. En la «Terpinia» hay combustible aunque en escasa cantidad, más aire en los depósitos. Tendré que ver dónde instalo unos propulsores supletorios, cuya fuerza se pueda unir a la del remolque del bote.

—Entiendo. Entonces, arrancarás la nave a esta órbita...

—Esas son mis intenciones. Con el bote solamente, no llegaríamos a Holwiger; por eso necesitamos la nave, aparte de que es preciso que se sepa lo ocurrido. Baume lo omitió en el cuaderno de bitácora, pero Hark sí lo anotó. Me refiero a tu presencia a bordo y tu expulsión a mi cargo, nuestra estancia en Ackheos-4, hasta que se nos dio por perdidos... Todo eso tiene que figurar en la investigación que se abrirá inevitablemente.

—Pueden alegar que lo hiciste tú...

—No. Hasta que enloqueció, Hark fue un hombre precavido y hacía firmar cada anotación, al menos, por dos testigos, diferentes cada día... hasta que llegó la hora de registrar la última

—¿Qué dice, Gary?

Locke abrió el libro.

—«Quedamos solos Araki y yo. Acordamos el sorteo. Araki pierde, Firma aquí, conmigo.» Y, un poco más adelante: «Araki ha querido evitarme un mal trago y él mismo se ha cortado el cuel...»

—¡Basta, basta! —gritó Tryna, estremecida de horror—. No sigas leyendo, por favor.

—Alguien tendrá que leerlo públicamente —dijo el joven—. Yo haré luego la anotación de nuestra llegada y contaré lo que le sucedió a Hark.

—A Baume deberían resucitarle para matarle un millón de veces por lo que hizo —dijo ella rabiosamente.

—Eso es algo imposible. Bien, vamos a recorrer la nave para ver cómo están las cosas por ahí. Afortunadamente, tenemos víveres de sobra en el bote y luego los trasladaremos. El espacio es aquí mucho mayor y nos sentiremos más cómodos.

—Acompañados por los fantasmas de trece hombres muertos, horriblemente, ¿no te parece?

—Nunca me asustaron los fantasmas, sino los vivos. Y, de paso, procuraré averiguar qué sucedió con los víveres, cosa que resultará más que difícil, porque Hark no pudo saberlo en todo el tiempo.

—Es algo extraño, de veras —dijo Tryna—. Cientos de toneladas de víveres, desaparecidas como si fuesen humo... ¿Qué pudo suceder, Gary?

Locke no tuvo tiempo de contestar. Algo chocó contra la nave y la hizo estremecerse ligeramente. El ruido de una masa de metal golpeando contra el casco resultaba inconfundible.

* * *

Tryna se asustó y alargó los brazos hacia el joven, en forma instintiva. Hubo un par de golpes más, pero de menor potencia y luego se hizo el silencio nuevamente.

—Gary, ¿qué ocurre? —preguntó ella.

Locke procuró tranquilizarla, porque las alarmas de escapes de aire o de perforaciones del casco no se habían disparado. Luego se acercó a una de las lucernas y entonces vio algo que le dejó atónito.

—¡Hay otra nave junto a la nuestra! —exclamó.

—¡Dios mío, estamos salvados! —dijo Tryna.

Corrió hacia el ventanal y procuró atisbar lo que sucedía en el exterior. De súbito, Locke vio algo inquietante.

—¿Qué diablos hace ahí esa gente? —se extrañó.

—¿Los conoces, Gary? —preguntó ella.

—Aunque de refilón, puedo leer el nombre en el costado: «Sunflower».

Tryna sintió pánico.

—¡La nave de Madame Petunia! —dijo.

Locke apretó los labios.

—No te harán el menor daño —aseguró—. Yo estoy a tu lado, descuida.

De súbito, se le ocurrió una idea.

—Voy a ponerme el casco. No transmitiré, pero sí podré escuchar lo que dicen ellos. Además, aunque la señora Raggan y su compinche sientan antipatía hacia ti, tienen un capitán que no permitirá que te hagan el menor daño.

—Estás equivocado. La misión del capitán y sus tripulantes era gobernar la «Sunflower», pero en todo lo demás, mientras no se produjeran interferencias en el funcionamiento de la nave, no se entrometían en absoluto.

—Muy bien —dijo el joven—. Hay armas a bordo y me procuraré una pistola. Veremos si, a pesar de todo, se atreven a meterse contigo.

Locke se procuró la pistola, que guardó la pretina del pantalón. Luego buscó el casco y abrió la radio, sin ponérselo, para que Tryna pudiera escuchar también.

Casi en el acto oyeron una voz destemplada:

—Tú y tus malditas ideas. El capitán Grayler se despidió y con él toda la tripulación, y aseguraste que nos podrías llevar a Kanningold-2 y mira dónde estamos...

—Aquí tenernos una nave que parece abandonada. Encontraremos cartas estelares y podremos orientarnos sin dificultad. Bueno, voy a ponerme un traje de vacío y pasaré a la otra nave. Tú aguárdame aquí y mantén a las chicas a raya.

Últimamente están un poco nerviosas y eso no me gusta.

—Está bien, no te preocupes por ellas. Vamos, pasa de una vez;

estamos perdiendo demasiado tiempo y si llegamos con retraso, nos cancelarán el contrato.

—No tardaré mucho —dijo el hombre.

Locke miró a Tryna.

—¿Los conoces?

—Madame Petunia y Davick —respondió la chica.

—El pasará solo. Le haremos un recibimiento adecuado.

—De acuerdo, pero ten en cuenta que querrá desquitarse conmigo. No olvides que le saqué un ojo con su propio látigo.

—Le dejaste vivo, que es más de lo que se merecía. Anda, vamos a equiparnos, porque después pasaremos a la «Sunflower» y, les guste o no, volveremos a Holwiger-IX.

Locke se dispuso a salir de la cámara, pero al hacerlo, tiró al suelo una carpeta que había sobre la mesa. Un papel revoloteó lentamente y él pudo recogerlo antes de que tocara el suelo.

Movido por una instintiva curiosidad, leyó las líneas escritas en el papel. Una expresión de asombro se dibujó inmediatamente en su rostro.

—Conque era eso —murmuró.

—¿Qué sucede, Gary? —inquirió Tryna.

—Ya te lo explicaré luego. Ahora, vamos a preparar el recibimiento que se merece el bueno de Zuff Davick.

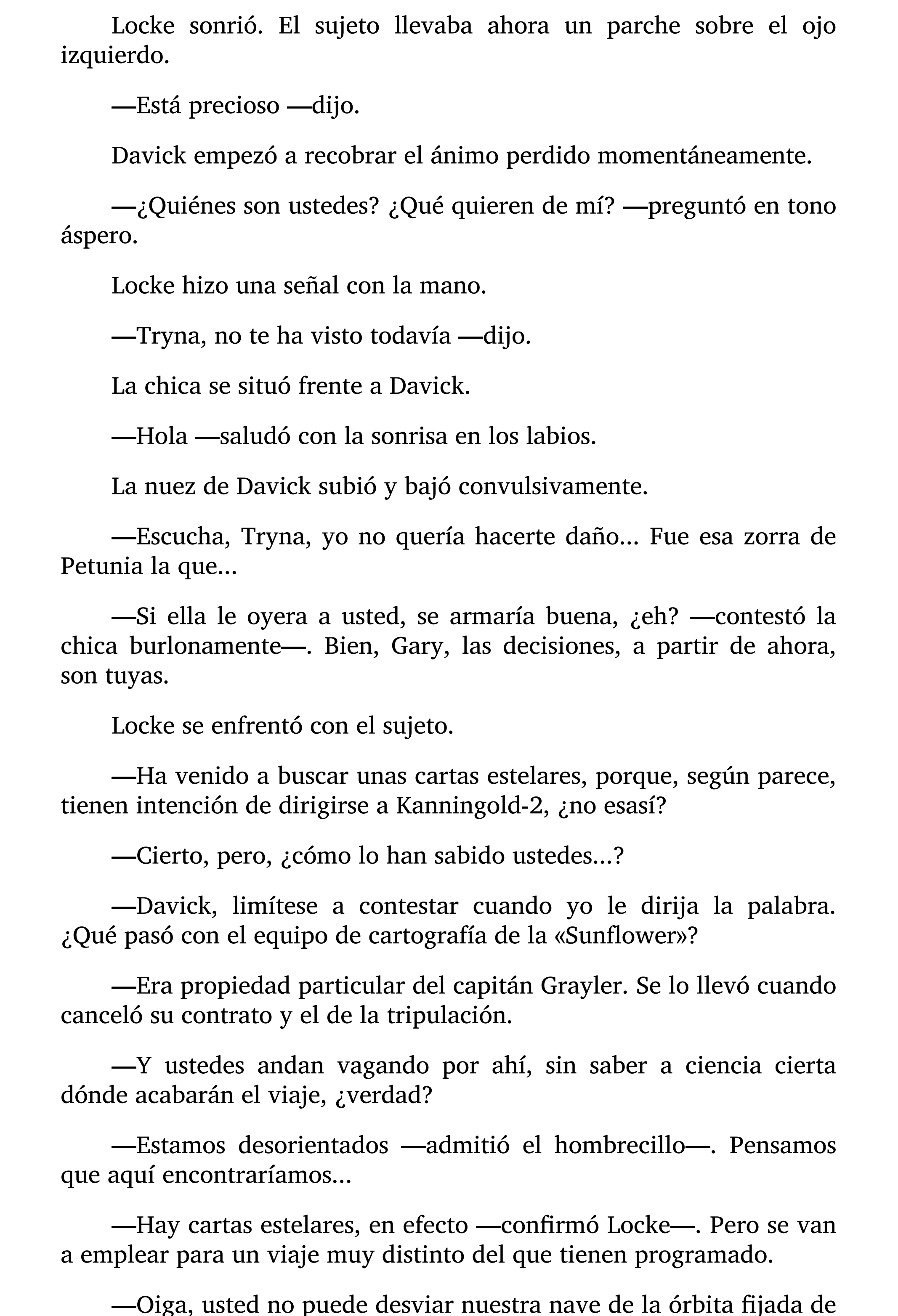
* * *

Davick franqueó la compuerta interior y, todavía con el casco puesto, miró asombrado a todas partes.

—Diablos, esto parece desierto...

Se calló en el acto. Una pistola acababa de posarse contra el cristal frontal de su casco, a la vez que alguien le hacía señas de que guardase absoluto silencio. Davick era sólo valiente en determinadas circunstancias y se puso a temblar en el acto.

Tryna, instruida previamente, desconectó la radio del recién llegado. Locke le hizo señas de que se lo quitase y Davick obedeció.



Locke sonrió. El sujeto llevaba ahora un parche sobre el ojo izquierdo.

—Está precioso —dijo.

Davick empezó a recobrar el ánimo perdido momentáneamente.

—¿Quiénes son ustedes? ¿Qué quieren de mí? —preguntó en tono áspero.

Locke hizo una señal con la mano.

—Tryna, no te ha visto todavía —dijo.

La chica se situó frente a Davick.

—Hola —saludó con la sonrisa en los labios.

La nuez de Davick subió y bajó convulsivamente.

—Escucha, Tryna, yo no quería hacerte daño… Fue esa zorra de Petunia la que…

—Si ella le oyera a usted, se armaría buena, ¿eh? —contestó la chica burlonamente—. Bien, Gary, las decisiones, a partir de ahora, son tuyas.

Locke se enfrentó con el sujeto.

—Ha venido a buscar unas cartas estelares, porque, según parece, tienen intención de dirigirse a Kanningold-2, ¿no esasí?

—Cierto, pero, ¿cómo lo han sabido ustedes…?

—Davick, limítese a contestar cuando yo le dirija la palabra. ¿Qué pasó con el equipo de cartografía de la «Sunflower»?

—Era propiedad particular del capitán Grayler. Se lo llevó cuando canceló su contrato y el de la tripulación.

—Y ustedes andan vagando por ahí, sin saber a ciencia cierta dónde acabarán el viaje, ¿verdad?

—Estamos desorientados —admitió el hombrecillo—. Pensamos que aquí encontraríamos…

—Hay cartas estelares, en efecto —confirmó Locke—. Pero se van a emplear para un viaje muy distinto del que tienen programado.

—Oiga, usted no puede desviar nuestra nave de la órbita fijada de

antemano.

De pronto, Tryna se acercó al joven y le dijo algo al oído, Locke frunció el ceño y luego se volvió hacia ella.

—¿Es cierto, Tryna?

—Sí, lo he recordado ahora y podrás confirmarlo cuando estemos a bordo de la «Sunflower».

—Está bien, gracias. Davick, ¿cuentan ustedes con víveres suficientes?

—Por supuesto. Nosotros tratamos magníficamente a las artistas de nuestro espectáculo —contestó el sujeto orgullosamente—. No les privamos de nada y... Oiga, todavía no sé quién es usted. ¿Es que no puede presentarse?

—Me llamo Gary Locke, amigo.

Davick oyó aquellas palabras y palideció de tal modo, que Locke pensó que iba a desmayarse.

—Escuche... Yo no quería... —dijo el hombrecillo entrecortadamente—. Pero ella me obligó...

Locke le miró de reojo.

—¿A qué diablos se refiere, amigo?

En aquel instante, Davick adquirió la convicción de que el joven ignoraba lo que había sucedido en Holwiger-IX.

—Nada, no tiene importancia —contestó—. Por supuesto, si quieren pasar a la «Sunflower», tendremos mucho gusto en transportarles gratuitamente hasta Holwiger-IX.

—Esto empieza a tomar otro cariz mucho más agradable —sonrió Locke.

—Pero no te fíes de él en ningún momento —aconsejó Tryna en voz baja, cuando ya se disponían a vestirse para el transbordo a la «Sunflower».

* * *

La sorpresa de Petunia Raggan fue algo indescriptible.

—Lo que menos esperaba es de ver de nuevo a esta mala pécora

—dijo furiosamente, apenas vio a la muchacha—. Ahora vas a saber lo que cuesta burlarse de mí…

Locke se interpuso entre las dos mujeres.

—Petunia, si toca a esta chica, le saltaré todos los dientes a puñetazos —amenazó.

—Querida —dijo Davick melifluamente—, el señor Lockees un competente piloto y nos llevará sin problemas hasta Holwiger-IX. Él se quedará allí con Tryna y, a cambio, nos regalara un equipo completo de cartografía estelar…

De repente, un tropel de hermosas mujeres corrió hacia los recién llegados.

—¡Tryna! ¡Qué alegría verte de nuevo!

—Ven con nosotras; tienes que contarnos muchas cosas…

—Estás guapísima ¿Quién es el autor de ese prodigioso cambio?

—Vaya un tipazo —dijo una, arrobada delante de Locke.

El joven sonrió, comprensivo.

—Creo que debes ir con ellas y explicarles algo sobre tus peripecias desde que las dejaste —aconsejó.

—Sí, creo que es lo mejor —convino la chica.

Locke se quedó a solas nuevamente con los dos propietarios de la «Sunflower».

—Si no tienen inconveniente, haré una revisión general de los instrumentos de a bordo —dijo—. Davick puede acompañarme, creo que sería conveniente un intercambio de conocimientos. ¿Le parece bien?

—Encantado, señor Locke —respondió el hombrecillo.

Petunia se atiesó.

—¿Has dicho Locke, Zuff?

—Sí, el mismo, querida.

Locke se sintió muy extrañado. ¿Por qué cambiaban de expresión aquella pareja de desaprensivos apenas oían pronunciar su nombre?

«Tendré que averiguarla», se propuso.

En aquellos inexplicables cambios de fisonomía ocultaban algo turbio y debía averiguarlo a toda costa.

Davick hizo de pronto un cortés ademán.

—Por aquí capitán —dijo amablemente.

—No me dé un título al que no tengo derecho —contestó el joven.

—El que gobierna una nave es el capitán y usted se ha hecho cargo de la «Sunflower» a partir de este momento —afirmó Davick.

Locke no pudo por menos de recordar el consejo que Tryna le había dado con respecto al individuo. No debía fiarse de él en ningún momento y se prometió tenerlo en cuenta constantemente.

CAPÍTULO IX

Estaban terminando de hacer una primera revisión de la nave, cuando, de pronto, sonó la voz de Tryna por la megafonía interior:

—Gary, ven al salón de presentaciones, por favor. El señor Davick también debe acudir.

Locke se volvió hacia el hombrecillo.

—¿Qué es eso de «salón de presentaciones»? —preguntó.

—Bueno, los clientes acuden, quieren ver a las chicas, hablan con ellas, toman unas copas, las contratan...

El joven hizo una mueca.

—Una nave de ignominia —calificó.

—Hay que ganarse la vida de algún modo —dijo Davick, encogiéndose de hombros.

El mismo guio a Locke hasta una amplia estancia, con numerosos divanes y una gran barra. El salón estaba lujosamente decorado, aunque resultaba fácil adivinar su objeto.

Pero las veintitantas chicas que viajaban a bordo de la nave no parecían en aquellos momentos dispuestas a acoger a los visitantes con sonrisas profesionales. Todas estaban ahora muy serias, rodeando en semicírculo a Petunia, sentada en una silla, a la cual había sido amarrada con cuerdas.

Varias de las chicas agarraron a Davick y le hicieron sentarse en una silla, al lado de la mujer. Locke se sentía estupefacto y más cuando vio a Tryna detrás de la barra y con un martillo en la mano.

—Escuchad, todas: vamos a juzgar a este par de desaprensivos y dictaremos sentencia de acuerdo con sus culpas. Tútambién tienes que decir algo, Gary, y hablarás cuando se te interrogue, ¿estamos?

—Perdona, Tryna, pero no entiendo nada...

—Aguarda un momento —pidió la chica—. Señora Raggan, señor Davick, las chicas no sabían adonde pensaban llevarlas ustedes. De lo contrario, se habrían negado desde el primer momento.

—En Kenningold-2 pueden ganar muchísimo dinero —alegó Petunia.

—La que sobrevive —dijo Tryna, implacable—. Los habitantes de Kenningold-2 son semihumanos en la figura y tienen los instintos de un tigre hambriento y la moral de una bacteria muerta. Pagan bien, es cierto, pero se entretienen arrancando trocitos de carne a la chica que han alquilado o haciéndoles cosas todavía peores. Por tanto, la «Sunflower» no se dirigirá a Kinningold-2. Esta es la primera decisión que hemos tomado.

»Otro acuerdo ha sido el de cobrar todas las deudas atrasadas. Ninguno de los dos abandonará la nave sin haber hecho antes liquidación puntual de los débitos que tienen con las chicas. Y si no es así, les arrojaremos al espacio.

—No tenemos dinero. El capitán Grayler se despidió porque no podíamos pagarles…

—Eso es lo que dijeron ustedes entonces y cuando decidieron robar los víveres de la «Terpinia», para que les oyeran algunas de las chicas y se creyeran que estaban arruinados o poco menos. A ninguna de ellas le importaban demasiado unos tipos con la fama de Baume y sus secuaces, esta es la verdad, pero tampoco se imaginaban lo que iba a suceder después. Pensaron que se darían cuenta de que estaban sin víveres y que regresarían para reponer las provisiones que les faltaban, pero no ocurrió así, por circunstancias que yo les he explicado.

Tryna miró al joven con expresión casi desafiante.

—Todavía no se pueden creer lo que pasó a bordo de la «Terpinia», Gary —añadió.

—Conservo el cuaderno de bitácora y he hecho fotocopias, por si alguna quiere leerlo —declaró Locke—. Pero, si mal no recuerdo, yo me quedé de guardia en la nave y no sentí nada…

—Te enviaron una botella con narcótico, de parte del capitán Baume.

—Tomé un par de copas, es cierto —admitió el joven.

—Y entonces aprovecharon para robar todos los víveres. Son unos desalmados; han estado robando a todo el mundo, fingiendo mil trucos para hacer creer que estaban en la miseria, pero… ¡Adelina Shann, por favor, levántate y declara lo que has encontrado en el

escritorio de Petunia!

Una hermosa morena se puso en pie, con algunos documentos en las manos.

—Son los saldos de las cuentas que tienen en distintos Bancos —declaró—. El total asciende a cincuenta y nueve millones de créditos, en cifras redondas.

—¿Y las deudas?

—Cuarenta y seis millones ochocientas cincuenta mil. De esta cifra, tres y medio, aproximadamente, corresponden a cinco chicas que se despidieron… muy posiblemente de este mundo.

Los ojos de Tryna se clavaron en los rostros de los dos prisioneros.

—Vamos a soltarles, pero sólo para que firmen los cheques de la liquidación de las deudas. Sin embargo, no se crean que ahí termina todo; permanecerán a bordo de la nave, hasta que cada una de las acreedoras reciba confirmación de que el dinero adeudado ha sido ingresado en su cuenta particular.

—¡Nos van a arruinar! —gimió Petunia.

—Usted debería haber estado a bordo de la «Terpinia» —exclamó la chica—. Entre usted y el capitán Baume, habrían solucionado fácilmente el problema de la alimentación de aquellos desdichados. —Luego volvió el rostro hacia Locke—. ¿Alguna, objeción, Gary?

El joven se inclinó.

—Siempre he respetado la decisión de la mayoría —contestó.

—Está bien —dijo Tryna—. Tú nos llevarás a Holwiger IX. Después… ¿Te parece que hablemos más tarde en privado tú y yo?

—De acuerdo.

La chica que había leído los documentos se acercó a Tryna y sonrió.

—Te llevas un pedazo de hombre —suspiró.

—No —contestó Tryna con ojos llameantes—. Es todo un hombre.

* * *

—¿Habrá problemas para regresar a Holwiger-IX? —preguntó

Tryna más tarde, en el cuarto de control.

—Ninguno. El capitán Grayler era un magnífico oficial. La nave es estupenda, aunque no comprendo la tacañería de esa pareja...

—¿No has oído hablar de algo llamado esclavitud? A los esclavos se les mantiene y se les viste, pero no se les paga, con lo que las ganancias son muy superiores a las que se obtendrían pagándoles salarios dignos.

—Sí, eso lo explica todo. Pero yo firmé un compromiso, Tryna.

—No entiendo.

—Me contrataron para investigar lo que pasa en el remolino Schardanf —te recordó él.

—Bueno, pero ahora estás libre de ese compromiso. Baume murió, la «Terpinia» está inservible...

—Tryna, yo tenía un hermano. Era capitán de astronave y mandaba la «Gloria K.». Desapareció en Schardanf y quiero saber qué fue de él.

—¿Cómo lo conseguirás? No tienes nave...

Locke sonrió, a la vez que golpeaba el suelo con un pie.

—Tengo ésta —contestó.

—¿Ya querrán cedértela? Me refiero a Petunia y a Davick, claro.

—Se la alquilaré por una cantidad simbólica, digamos una moneda de un crédito. Aceptarán, no te quepa duda.

—Tendrás que emplear métodos de persuasión muy poderosos. Ahora han cedido por la fuerza del número, pero una vez en tierra no se sentirán tan dispuestas a cooperar.

—Tryna, dispongo del cuaderno de bitácora de la «Terpinia», en el que se explica con pelos y señales todo lo que sucedió, a causa del robo de las provisiones. Está probado que ellos las robaron, siendo esto el origen de aquellos horribles sucesos. Podemos declarar que ignoramos quiénes robaron las provisiones o decir que fueron ellos. No lo pasarían bien en el segundo caso, ¿comprendes?

—Se arruinarán —sonrió la chica.

—Aún les queda algún dinero para sobrevivir. No se puede decir

que los tripulantes de la «Terpinia» fueran unos santos, pero tampoco merecían morir de una forma tan horrible, ni siquiera el capitán Baume.

—Es cierto —convino la muchacha—. Y, una vez dispongas de la nave, ¿qué harás?

—Arrumbaré directamente al remolino Schardanf y averiguaré lo que sucede allí y lo que les pasó a mi hermano y a otros tan desdichados como él.

—Pero corres el peligro de no volver, si consigues salvar la vida. Y no sabes lo que hay más allá…

—Precisamente por eso quiero hacer el viaje: para averiguarlo.

Tryna le miró fijamente.

—Estás decidido y nada te hará cambiar de idea —dijo.

—En efecto, así es.

—Muy bien, en tal caso, yo iré contigo…

—¡No! —prohibió él—. Iré yo solo y no permitiré que otros corran riesgos acaso mortales. Tú me esperarás en Holwiger-IX.

—¿Y si no vuelves?

—Eres joven y muy bonita. Son dos elementos muy poderosos para que acabes por olvidarme y encuentres un día un hombre que te merezca.

De pronto, Tryna se arrojó sobre él y le abrazó apasionadamente.

—Eso no es verdad —declaró ardorosamente—. No habrá otro hombre jamás para mí. Aunque te perdiera ahora, no te olvidaría ni en mil años, ¿me oyes?

Locke la besó suavemente.

—Resulta confortador oírte hablar así, pero lo he decidido ya: iré solo y tú me aguardarás en Holwiger-IX.

—¿Piensas que el hombre debe mandar siempre? ¿Eh? —sonrió Tryna.

—A mi regreso, te traspasaré la jefatura de la pareja.

Ella se echó a reír. Luego atrajo la cabeza del joven contra su

pecho.

—Mandaremos los dos y ninguno será más que el otro...

De repente se interrumpió. Una expresión de vivo terror apareció en su rostro.

—Gary... —jadeó.

El joven se incorporó un poco. La puerta de la cámara se abría muy despacio.

Locke se levantó de un salto. Habían estado sentados hasta entonces, ella en sus rodillas, y tenía la pistola en un cajón de la mesa, pero, al ver la mano armada, supo desesperadamente que llegaría tarde.

De repente, se oyó un terrible rugido.

La puerta se abrió de golpe y Davick cayó de bruces al suelo, en el mismo umbral. Tryna lanzó un chillido al ver el cuchillo que el sujeto tenía clavado en el centro de la espalda.

Los pies de Davick se agitaron un poco. Su mano perdió la fuerza y la pistola se separó ligeramente de los dedos. Boqueó un poco, puso los ojos en blanco y se quedó quieto.

Adelina Shann apareció en el umbral, con ojos llameantes.

—Nunca me fie de ese tipo —dijo.

—Nos has salvado la vida —manifestó Locke—. Jamás lo olvidaremos.

—Tenía una deuda pendiente con ese bastardo —declaró la chica con salvaje acento de odio.

De pronto, se volvió, bajándose la blusa hasta la cintura. Locke se estremeció al ver las señales que un látigo, manejado despiadadamente, había dejado en una hermosa espalda.

Al cabo de unos segundos, Adelina se cubrió de nuevo, volviéndose hacia la pareja.

—¿Lo comprendes ahora, Gary Locke?

El joven asintió.

—Sí —murmuró.

—Le seguía constantemente, pero él no se dio cuenta. Sospechaba que tramaba algo. Si te hubiera matado, él y esa bruja habrían intentado obligarnos de nuevo a seguir como antes, y eso era algo que ya no podía permitir.

—Bien —dijo Locke—, ahora tenemos que enfrentarnos con un problema: deshacernos del cadáver.

—¿Olvidas que hay a bordo un expulsor de desperdicios? —dijo Adelina riendo.

Tryna se estremeció. Locke consideró la propuesta durante unos segundos.

El expulsor de desperdicios, en una cámara estanca, en la que se podía hacer el vacío cuando operaban sus mecanismos, disponía de una potente hélice, con palas afiladas como navajas de afeitar, que pulverizaba todo cuanto no se utilizaba ya a bordo, excepto los objetos metálicos. El cadáver de Davick sería convertido en partículas microscópicas y que luego se dispersarían por el espacio, sin dejar el menor rastro.

—De acuerdo, pero quiero que lo sepa ella —dijo al cabo.

—¿Petunia? —se extrañó Adelina.

—Sí, y no tengas miedo, porque lo haré a mi modo y no se atreverá a rechistar.

* * *

En los ojos de Petunia había furia, pero también miedo, cuando fue convocada a una nueva reunión en el salón de presentaciones.

Esta vez, era Locke el que presidía el acto, con un papel en la mano.

—Voy a decirle algoque le interesa saber, señora Raggan —empezó tranquilamente—. Su socio, Zuff Davick, ha muerto, cuando intentaba asesinarnos.

—¡Eso no es cierto! Sólo quería recuperar algo que era nuestro, esta nave, de la que ustedes se han apoderado ilegalmente —vociferó la corpulenta mujer, lívida de ira.

Locke fingió sorpresa.

—¿Nosotros nos hemos apoderado de la nave? —exclamó—.

¿Habéis oído alguna vez una cosa tan fantástica? ¿No fue el difunto señor Davick quien me pidió que pilotase la «Sunflower» de vuelta a Holwiger-IX?

—Sí, sí —contestaron a la vez veinte gargantas femeninas.

De lívido, el rostro de Petunia se tornó cárdeno.

—Es una inmunda mentira...

—Con sus antecedentes, ¿quién la creerá a usted, cuando veinte testigos declaren exactamente todo lo contrario? ¿No es así, chicas?

De nuevo se reprodujo el coro de afirmaciones. Petunia empezó a darse cuenta de que su derrota era total.

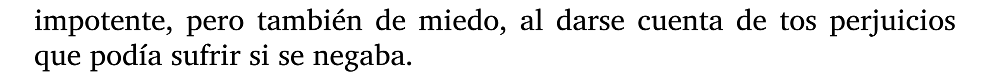
—Y ahora, señora Raggan, escuche de una vez —continuó el joven—. Voy a leerle un documento que usted firmará inmediatamente, con testigos, para que más adelante no quepa duda de que todo se hace legalmente. Escuche esto: «Por la presente, yo, Petunia Raggan, en mi calidad de propietaria de la astronave «Sunflower», declaro que alquilo dicho aparato a Gary Locke, por el precio simbólico de un dólar, debido a los fines benéficos que dicho señor Locke piensa destinar el próximo viaje de la nave, y durante el tiempo que él estime necesario para la consecución de tales fines; y declaro asimismo que ésta realizo esta operación libremente, sin coacciones de ninguna clase y en pleno uso de mis facultades mentales.

«Asimismo declaro y afirmo solemnemente que mi socio, del cual soy heredera, por el contrato que ambos firmamos en su momento, falleció de muerte natural a bordo de esta nave, habiéndose acordado lanzar sus restos al espacio.»

Los ojos de Locke se fijaron penetrantemente en el rostro de Petunia.

—Firmará este documento y hay testigos de sobra que también firmarán, con lo que se podrá anular cualquier demanda que usted intente ejecutar contra nosotros. Porque no olvide que, por culpa de usted y de Davick, trece hombres murieron de forma horrible a bordo de la «Terpinia» y que yo guardo el cuaderno de bitácora en el que se explica cómo se produjeron esas muertes. Podrían acusarla de asesinato múltiple, ¿comprende, señora Raggan?

Cuando Locke hubo terminado de hablar, reinaba un silencio absoluto en el salón. El labio inferior de Petunia temblaba de rabia


impotente, pero también de miedo, al darse cuenta de tos perjuicios que podía sufrir si se negaba.

—Firmaré —dijo al cabo con voz ronca.

—Gracias, señora Raggan —sonrió Locke—. Y, no tema; en su momento, le devolveré la nave.

Más tarde, Adelina Shann se acercó a Locke, quien conversaba apaciblemente con Tryna.

—Tengo que darte las gracias, por no mencionar mi nombre en la muerte de Davick —dijo.

Locke sonrió.

—Era el medio mejor de evitar problemas —contestó—. Petunia no se atreverá a contradecir públicamente lo que ha firmado en presencia de veinte testigos. Tendrá que callar para siempre.

—Es poco castigo para lo que ha hecho, pero, vamos, tampoco puedo quejarme. —Adelina sonrió al mirarles sucesivamente—. Os deseo toda la suerte del mundo —se despidió.

—Falta nos hará, ¿no te parece, Gary? —suspiró Tryna.

Locke pasó un brazo sobre sus hombros y la atrajo hacia su pecho.

—Tendremos suerte, te lo prometo —aseguró.

CAPÍTULO X

Había transcurrido un mes y Locke se encontraba de nuevo en vuelo, ahora en rumbo directo hacia el fatídico remolino espacial en que habían desaparecido tantas astronaves. La «Sunflower» había sido aprovisionada de cuanto faltaba y era necesario y Locke había aprovechado, además, su estancia en Holwiger-IX para adquirir algunos elementos que sabía podían resultarle útiles en una misión comenzada mucho tiempo antes y que ahora debía ser completamente a cualquier precio.

Terminó la revisión de rutina, hallando que todo funcionaba a satisfacción. La nave aceleraba gradual y automáticamente, y tenía tiempo de sobra para volver a revisar los indicadores, después de haberse preparado un buen almuerzo.

—Con parte de las provisiones que debimos haber consumido en la «Terpinia» —murmuró lúgubremente.

Abandonó el cuarto de control y se dirigió a la pequeña cocina de la nave. Cuando llegaba allí, vio la puerta entreabierta y percibió un agradable olor a carne guisada.

Frunció el ceño, porque acababa de adivinar lo que ocurría. Acercándose a la puerta, abrió del todo y luego se apoyó en una jamba.

—¿Padeces manía de polizón? —preguntó.

Tryna, ataviada con un delantal, le miró sonriendo por encima del hombro.

—¿Acaso creíste por un momento que iba a dejarte solo en tu aventura? —contestó.

—Es un viaje muy peligroso. Podemos quedarnos allí para siempre...

—En tal caso, nos quedaremos juntos.

—Esto no me gusta, Tryna. Me están entrando ganas de devolverte a Holwiger...

—Ni lo sueñes. —Ella se volvió bruscamente y le miró con una chispa de ironía en sus ojos—. Gary, dime, ¿quién te financió los

gastos que has hecho para completar el alistamiento de la «Sunflower»?

—Tú, claro…

—Conseguiste que Petunia me diera una buena indemnización, no tanto como a las otras chicas, pero, vamos, sí era una sustanciosa cantidad. ¿Me equivoco? Pero no, tú llevabas mi cuenta bancaria, puesto que yo apenas sé de números y escasamente he aprendido a firmar, de modo que sabes exactamente cuánto dinero tenía en el Banco al empezar. ¿De acuerdo, Gary?

—De acuerdo, Tryna.

—Bien, al financiar parte de los gastos, me he convertido en tu socio, lo que me da derecho a fiscalizar tu actuación y comprobar que no te guardas un centésimo de crédito para usos particulares.

—¿Crees que pienso robarte? —sonrió Locke.

Tryna soltó el cucharón que estaba manejando y se colgó de su cuello.

—Me has robado algo que vale más que todos los tesoros del mundo; el corazón —dijo apasionadamente.

* * *

A través de la pantalla de televisión y desde una distancia segura, divisaron el siniestro negro que se había dado en denominar remolino de Schardanf.

—Porque hay un planeta en las inmediaciones de ese nombre —explicó Locke.

—¿Habitable?

—Pero no habitado. Si te fijas bien, verás, a la derecha del remolino, un puntito brillante. Es Schardanf.

—Y ese planeta tiene algo que ver con la pérdida de tantas astronaves —dijo Tryna.

—Sin el menor género de dudas.

—¿Un agujero negro en el espacio, Gary?

—Aparentemente, así es. Pero sólo en apariencia.

—Entonces, ¿qué lo origina? No es que yo sea muy entendida, pero he ido aprendiendo algo en estos últimos meses. Si no lo origina el colapso gravitatorio de una estrella, ¿cuál es su origen?

—¿No puedes tener un poco de paciencia? —sonrió Locke.

—Me resignaré —dijo Tryna.

—Antes de actuar, quiero estudiar bien el asunto, a fin de no cometer errores. ¿Recuerdas el papel que encontré en la cámara del capitán Baume?

—Sí, te vi recoger uno, pero no dijiste si contenía algún dato importante.

—Tiene un dato verdaderamente importante y lo sabrás en su momento, pero antes de atravesar el remolino, quiero hacer algo que estimo indispensable para mi tarea. Llevará algo de tiempo, pero nos dará seguridad para el regreso.

—Lo que tú digas —suspiró Tryna—. ¿Cuánto tardaremos en llegar allí?

—Baume había ideado un plan para evitar los peligros del remolino, pero era sólo una tapadera, un plan para la galería. En realidad, nunca tuvo intenciones de averiguar lo quepasaba.

—¿Por qué, Gary?

—Lo sabía muy bien y sólo quería... Bien, no deseo continuar hablando.

Locke se puso en pie bruscamente.

—Tryna, estamos a veinte millones de kilómetros del remolino y viajamos a treinta mil kilómetros por minuto. Eso significa que, en unas diez horas, estaremos sobre el objetivo. Tardaremos seguramente un poco más, ya que hemos de reducir la velocidad considerablemente, pero he de empezar ya a preparar las cosas que debo emplear.

—¿Te ayudo? —se ofreció ella.

Locke se volvió y sonrió.

—Puedes ayudarme preparando un buen guisado de carne —contestó.

—Puedo preparar también un buen «postre» —dijo Tryna,

guiñándole un ojo.

—Lo discutiremos durante el almuerzo —rio el joven.

Seis horas más tarde y a unos diez millones de kilómetro«, Locke «bloqueó» la nave, haciéndola indetectable a cualquier observador que se hallara en aquella región del espacio. Siete horas después, la «Sunflower» equiparó su velocidad orbital con la del objeto pintado de negro mate, que se divisaba a muy poca distancia de la nave.

Parecía un gigantesco tambor, sin detalles exteriores excepto por la rara antena que sobresalía de uno de sus costados. El tambor giraba lentamente sobre sí mismo, pero la antena se hallaba sujeta a una banda cilíndrica, que permanecía siempre en la misma posición, independientemente del movimiento de rotación del aparato.

—Ahí está, exactamente donde se señala en el croquis del capitán Baume —exclamó Locke, muy satisfecho.

—Pintado de negro, es imposible verlo, a menos que se esté a muy poca distancia, ¿no es verdad?

—No se puede ver, ni tampoco se puede detectar, porque tiene interferidores de radar —respondió Locke—. Y aunque ya creo que sé lo que sucedió con las naves perdidas, voy a tratar de comprobarlo de forma que no quede lugar a la duda.

—¿Qué piensas hacer, Gary?

Locke abandonó el puesto de observación.

—Salir al exterior y trabajar un rato. Hay once chismes más como éste, ¿sabes?

—Te llevará mucho tiempo —objetó Tryna.

—¿Tenemos prisa? —sonrió él.

Media hora más tarde, Tryna le vio flotando en el espacio, con el traje de vacío y llevando a remolque, por medio de un resistente cordón, lo que parecía una caja metálica similar a las usadas para contener alimentos. Desde su puesto de observación, Tryna contempló las operaciones que realizaba el joven, una de las cuales consistía en adosar al tambor un cilindro largo de un metro, por quince de diámetro, provisto de una diminuta antena que estaba orientada paralelamente a la de mayor tamaño.

La operación duró algunas horas, porque Locke tuvo que volver a

la nave en varias ocasiones, no sólo para recoger más cilindros idénticos, sino para cambiar las botellas de aire y la batería que proporcionaba calefacción al traje espacial.

Al fin, concluida la tarea, Locke declaró hallarse muy cansado.

—Necesito unas cuantas horas de sueño. Debo sentirme en forma cuando iniciemos mañana la travesía del remolino.

—Piensas hacerlo… —se estremeció ella.

Locke sonrió.

—Sin el menor riesgo —aseguró.

* * *

La «Sunflower» retrocedió hasta situarse justamente frente al círculo negro que proporcionaba una oscuridad total a un sector del espacio. Tryna, con los nervios de punta, estaba sentada junto a Locke, en el puesto de mando, mientras él dedicaba toda su atención a los instrumentos.

La distancia era de unos cincuenta mil kilómetros. Locke presionó unas cuantas teclas y, en la proa de la nave, se encendieron doce diminutas lámparas, situadas en un círculo perfecto. Luego aceleró y la «Sunflower» se precipitó hacia adelante.

La velocidad aumentó rápidamente. Treinta minutos después, Tryna notó un ligero chasquido.

—Hemos atravesado el remolino —anunció él—. ¡Mira!

Ante los ojos asombrados en la chica, apareció el deslumbrante panorama de un planeta, de aspecto tan atrayente como Ackheos-4.

—Vamos a aterrizar allí —adivinó.

—Exactamente.

—Es Schardanf, ¿verdad?

—Sí, encanto.

—Pero, ¿qué hay en ese planeta, Gary?

—Tryna, ¿tú sabes qué hace una araña para cazar a sus presas? —preguntó él inopinadamente.

—Pues... fabrica una tela en lugar apropiado y se sienta a esperar...

—Exacto. Y eso es lo que ha sucedido hasta ahora en Schardanf.

Ella se puso rígida.

—Alguien provocó el remolino para capturar naves...

—Todas ellas con muy valiosos cargamentos. Aparte del valor material de las astronaves, hemos de tener en cuenta la carga. A bordo de la «Terpinia» había una relación de las naves perdidas, con sus tripulaciones, el destino y la carga que transportaban. El botín asciende a miles de millones, ¿comprendes?

Tryna contuvo el aliento.

—¿Debo suponer que Baume era cómplice de los que construyeron... esa tela de araña? —preguntó.

—Exactamente. Casi con toda seguridad, autor o, por lo menos, coautor de una idea, cuya ejecución llevó años enteros, pero que, al fin, les proporcionó una recompensa de valor incalculable.

—Bueno, la palabra coautor implica, creo, algo parecido a una sociedad. ¿Quién o quiénes componen esa sociedad?

—Baume era uno de los socios. Tienen colaboradores, aunque no había ninguno a bordo de la «Terpinia». La tripulación que murió en esa nave, era meramente una tapadera. Baume no pensaba regresar más a la Tierra, por lo menos en un plazo muy largo. Habían dado la operación por finalizada y quería desaparecer «heroicamente», sin haber podido cumplir su misión.

—Esos pobres murieron horriblemente en la «Terpinia», pero, con toda seguridad, ya estaban condenados a muerte al firmar el compromiso de alistamiento. ¿Me equivoco, Gary?

—No; has dicho la verdad, querida.

—Sospecho que sabes quién es el otro socio de Baume, suponiendo que no haya más de uno.

Locke asintió.

—Lo veremos dentro de pocas horas —prometió—. Pero hay gente que se pierde por tacañería —agregó.

—¿Lo dices por Baume?

—El gobierno le pagaba todo. ¿Por qué no compró una nave en condiciones? Se puede disculpar que eligiese una tripulación compuesta por desechos humanos o poco menos; a fin de cuentas, las astronaves desaparecidas eran muchas y nadie querría correr riesgos. Sin embargo, alistó un verdadero cascajo, creyendo ahorrar unos cuantos millones, lo que, a fin de cuentas, acabó por costar le la vida.

Tryna sonrió.

—Gary, ¿tú también te autocalificas como desecho humano? —preguntó.

—La verdad es que cuando me contrató Baume pasaba una mala época. Me habían despedido, con malas calificaciones.

—¿Por qué? ¿Algo vergonzoso?

—Lo hubiera sido, de haber accedido a lo que me pedía cierto tipo con mucha influencia. Todo el mundo pensó que era a causa de su mujer, cuando la verdad es que fue él quien se sintió «ofendido» al rechazar yo sus… atenciones.

Tryna se echó a reír.

—¡Pobrecito Gary! No me imagino escapando de las amabilidades de un tipo meloso, rebosante de dulzura…

—Me costó el puesto y por poco me cuesta la vida con Baume.

—¿Estás segura de que ahora la salvarás? —preguntó ella, a la vez que señalaba el espeso círculo negro que se erguía frente a la proa de la astronave.

—Ahora lo sabremos —respondió Locke, a la vez que accionaba los mandos para alcanzar la máxima velocidad posible.

CAPÍTULO XI

El círculo negro se agrandó hasta ocultar todo el cielo. Tryna creyó que iban a sumergirse en un abismo infinito, donde el concepto luz había dejado de existir. Instintivamente, se echó hacia atrás en su asiento, creyendo llegada su última hora.

La «Sunflower» se precipitó hacia lo que parecía un pozo sin fondo. Repentinamente, se oyeron una serie de ligeros chasquidos, pero fue algo que duró apenas medio segundo.

El cielo se hizo visible de nuevo en todo su esplendor. La luz de una estrella semejante al sol terrestre bañó la astronave. Tryna no pudo evitar un grito de admiración.

—¡Hemos pasado, Gary! —exclamó alborozada.

—Sin el menor desperfecto y sin riesgos de ninguna clase, aunque éstos puede que se presenten cuando aterricemos en Schardanf.

Tryna contempló el brillante globo que flotaba en el espacio a una distancia relativamente reducida. Luego se volvió al joven.

—¿Por qué no nos ha sucedido nada al atravesar el agujero negro? —quiso saber.

Locke inclinó el cuerpo un poco y presionó una tecla en el cuadro de mandos. Al momento se encendió una gran pantalla de televisión.

—Mira ahí —dijo—. ¿No ves un círculo de doce chispas brillantes?

—Sí, claro...

—Estamos ya a más de cincuenta mil kilómetros. Esas luces son el fondo de los tambores que componen el círculo, uno de los cuales pudiste ver de cerca. Bien, por la parteopuesta o ésta, es decir, desde el lugar en que iniciamos la travesía, esas luces no se ven. En realidad, son colectores de energía solar, que sirven para proporcionar la suficiente a esos tambores.

«Cada aparato tiene dos funciones básicas: una de ellas, perturbar los instrumentos de a bordo, enloqueciéndolos de tal modo, que la nave pierde el gobierno y gira en el espacio, con espiras cada vez más pequeñas, hasta franquear el círculo negro. Esa primera función

aprovecha también la energía inercial de la nave, como es lógico, pero, cuando el capitán quiere solucionar el problema, está ya demasiado cerca de la superficie de Schardanf y se ve obligado a aterrizar para reparar lo que él cree una avería. Ahora bien, lo que haya podido ocurrir a partir de este momento, me es absolutamente desconocido, aunque, si he de ser sincero, no me siento demasiado optimista al respecto.

--¿Cuál es la segunda función de los tambores? —preguntó la chica.

—Provocar el círculo negro, anulando las radiaciones luminosas en una extensa zona, de modo que todo el mundo crea se trata de un agujero negro, causado por el colapso gravitatorio de una estrella. La nave afectada desaparece y todo el mundo cree que se ha ido Dios sabe a qué ignoro rincón de la Galaxia, de donde no regresará jamás.

—La tela de araña que mencionaste, ¿verdad?

—Exactamente. Un plan tramado desde hace mucho tiempo, con gran habilidad y a un precio no demasiado barato, pero que ha producido enormes rendimientos económicos.

—Demasiado complicado, ¿no te parece?

—Por supuesto, pero siempre resulta más cómodo que asaltar astronaves a tiro limpio, por decirlo metafóricamente. La época de los piratas ya pasó, Tryna.

—Bueno, emplean otros métodos, pero hacen lo mismo, creo.

—Puede que tengas razón. Y no tardaremos mucho en averiguar la verdad de lo que ha sucedido.

—¿Cuánto, Gary?

Locke echó un vistazo a los instrumentos y luego fijó lavista en la esplendente bola azulada que aumentaba de tamaño a medida que se acercaban.

—Menos de veinticuatro horas —respondió al fin.

* * *

Desde la altura, pudieron contemplar el asombroso espectáculo de una docena de astronaves estacionadas en una vasta explanada, reluciendo bajo los rayos del sol de Schardanf. Al otro lado, se veían una serie de edificios, cerca de los cuales se movían unos cuantos

individuos.

—Están preparándonos el recibimiento —dijo Locke.

Ella se agarró a su brazo con ambas manos.

—Tengo miedo —confesó.

Locke le dio una palmadita en una mano.

—Saldremos adelante, descuida.

Les mecanismos automáticos de aterrizaje funcionaron a la perfección. Minutos más tarde, Locke y Tryna asomaban a una de las escotillas.

Inmediatamente levantaron las manos. Media docena de individuos armados con fusiles les rodeaban en el exterior.

—Salgan y no hagan ningún movimiento hostil —dijo el que parecía mandar aquel pequeño grupo.

—Nos hemos extraviado, señor —dijo el joven—. Venimos en son de paz...

—Eso ya se lo explicarán a quien tiene que decidir sobre un aterrizaje en zona prohibida.

—Los instrumentos de la nave se estropearon. Hemos llegado aquí involuntariamente, señor.

—¿Cómo se llama usted?

—Capitán Locke. Ella es mi esposa, señor...

—Sbirt —contestó el sujeto secamente—. ¿Cuántos más vienen con ustedes?

—Nadie, viajábamos solos.

—¿En una nave tan grande?

—Bueno, nos propusieron un contrato de transporte en Kenningold-2 y tropezamos con un extraño fenómeno que nos desvió de nuestra ruta. Eso es todo, señor Sbirt.

—O sea, la nave está en lastre.

—Salvo las provisiones y pertrechos reglamentarios, sí, señor, no llevarnos encima siquiera un kilo de mercancías.

—Eso ya lo averiguaremos después. Síganme —ordenó Sbirt.

Locke y la chica descendieron por la escala. Sbirt ordenó a varios de sus subordinados que registraran la nave concienzudamente.

—Lleven el informe después al cuartel general —concluyó.

Luego hizo un gesto con el brazo izquierdo.

—Caminen delante de mí y mantengan las manos separadas del cuerpo.

Locke y Tryna echaron a andar, hacia uno de los edificios, situados en un lugar muy agradable, con abundancia de árboles y vegetación. Muy a lo lejos, cerrando el horizonte a más de sesenta kilómetros de distancia, se divisaba una altísima cordillera, con sus cumbres cubiertas de nieve.

Momentos después, se detenían ante una puerta, a ambos lados de la cual se veían dos centinelas armados.

—Avisen al jefe —dijo Sbirt—. Traigo a dos prisioneros.

—¿Hemos hecho algo malo, para que se nos considere arrestados? —preguntó Locke.

Sbirt se volvió hacia él y le miró ceñudamente.

—Están en Schardanf y este territorio tiene un dueño, con leyes que se deben obedecer sin preguntas, ¿estamos?

Locke se encogió de hombros. La puerta se abrió a los pocos momentos y, escoltados por Sbirt, pasaron a un pequeño vestíbulo primero y luego a un amplio despacho, sin lujos innecesarios, pero decorado con cierta elegante severidad.

Detrás de la mesa, a cuya derecha se divisaba un amplio panel de control de aparatos que debían de hallarse en el exterior, había un hombre enormemente grueso, con papada mantecosa y ojos que apenas si se veían entre la grasa de los párpados.

—Me llamo Gordon Sickett —se presentó el obeso individuo—. ¿Quiénes son ustedes y qué hacen en mi territorio?

—Señor y señora Locke —contestó el joven—. Y le traemos una mala noticia, señor Sickett. Su socio, Fiodor Baume no vendrá a Schardanf. Está muerto.

—¡Muerto! —rugió Sickett—. ¿Qué le pasó?

—La nave en que se dirigía a este planeta sufrió gravesaverías que la dejaron al garete. Estaban sin provisiones y los tripulantes se lo comieron cuando empezaron a sentir los síntomas del hambre.

* * *

La mandíbula inferior de Sickett cayó de tal modo que parecía ir a desprendérsele del rostro mofletudo. A un lado de la mesa, Sbirt no pudo evitar un respingo.

—¡Diablos, eso parece un cuento de miedo!

—En mi nave hay periódicos de los que se publican en Holwiger-IX —contestó el joven, impasible—. Si sus hombres, señor Sbirt, dan con ellos, y están a la vista, podrán comprobar que no he mentido. Hubo una investigación...

Sickett agitó una mano.

—Bueno, eso es lo de menos —dijo—. La verdad es que Baume se retrasaba ya demasiado y empezaba a sospechar que no vendría nunca. Bien, señor Locke...

De pronto, frunció el ceño.

—Su nombre me suena —añadió.

—Terry Spencer Locke, capitán de la «Gloria K.». Era mi hermano —dijo el joven sin perder la calma.

Sickett chasqueó los dedos.

—Sí, ahora recuerdo... Bien, señor Locke, si vino a buscar a su hermano, antes de veinticuatro horas podrá hablar con él. Está vivo, como la mayoría de los tripulantes y pasajeros de las naves que llegaron a Schardanf por... error.

—Eso me reconforta notablemente, señor —sonrió Locke—. ¿Debo entender que retiene como prisioneros a toda esa gente?

—Así es. Pero están bien, insisto, aunque en lugar seguro, para evitar conflictos.

—¿Puedo saber dónde?

Sickett movió una mano.

—Habrá visto una cordillera en el horizonte. Es una barrera intraspasable para personas que no dispongan de los medios

apropiados, un aeromóvil, por ejemplo. La cordillera, en realidad, es el muro que cierra un circo gigantesco, demás de cuatrocientos kilómetros de diámetro, en donde no faltan agua ni comida. Las cumbres, sin embargo, se alzan a unos dieciséis mil kilómetros sobre la llanura circundante y el paso de menor nivel, que podría permitir la huida a pie, está a unos once mil metros.

—Por tanto, no hay aire respirable y la muerte sería inevitable para el que lo intentase.

—Exacto. Cada vez que llega una nave, transportamos a sus ocupantes a aquella zona, sin daño alguno, a no ser algunos que se resistieron y a los que fue preciso eliminar. Les respetamos la vida, pero no les damos siquiera un cortaplumas.

—Muchos habrán muerto, señor Sickett —dijo Locke.

El gordo se encogió de hombros.

—No sabrían adaptarse a un género de vida que les resulta completamente nuevo —contestó con aire indiferente.

—¿Debo deducir que eso mismo es lo que nos sucederá a mi esposa y a mí? —quiso saber Locke.

—Efectivamente. El traslado se efectuará mañana, debido a que las comprobaciones sobre su nave se demorarán bastante y quiero saber si me han dicho la verdad. Tengo la impresión de que usted ya me conocía, ¿no es así, señor Locke?

—En efecto, pero sólo de oídas. Y permítame que le diga que lo que he llegado a saber de usted no tiene nada de agradable.

—A mí me gusta —rio Sickett—. Mi fama me proporciona buenos dividendos y eso es lo que importa.

—Baume y usted eran socios…

—A él se le ocurrió la idea, todo es preciso decirlo, y yo la puse en práctica, con la ayuda de personal especializado. Supongo que se imagina que estoy hablando del agujero negro.

—Sí, una idea muy buena, debo admitirlo.

—Gracias, señor Locke. Y ahora que ya conocen la suerte que van a correr usted y su encantadora esposa, habrán de permitirme que dé la conversación por finalizada y que el señor Sbirt les proporcione alojamiento hasta mañana por la mañana. Créanme, he tenido un gran

placer en conocerles.

—Celebraría poder decir lo mismo, señor Sickett —contestó el joven.

CAPÍTULO XII

La puerta se cerró apenas hubieron cruzado el umbral. Mientras giraba, pudieron oír a Sbirt emitir una orden a un centinela:

—Aquí, de vigilancia, hasta que se te releve. No permitas que escapen; pagarías con tu pellejo, ¿entendido?

—No escaparán, señor —respondió el hombre.

Locke puso las manos sobre los hombros de la chica.

—He mentido —sonrió.

—¿Porque dijiste que era tu mujer?

—Me pareció lo más lógico. Pensaba pedir que te casaras conmigo a la vuelta, pero no esperaba tenerte nuevamente como polizón.

Ella se empinó sobre los pies para besarle suavemente en los labios.

—Nos casaremos —aseguró.

—Antes tenemos que ver la forma de salir de aquí —dijo él.

La habitación era grande y espaciosa, y tenía una cama, una mesa y un par de sillas. Al fondo había otra puerta y Locke vio que daba a un cuarto de aseo.

Las ventanas de ambas estancias estaban protegidas por fuertes barrotes de hierro.

—La huida es imposible por aquí —dijo.

—¿Cómo piensas escapar? —preguntó Tryna.

—Tendré que exprimir mi cerebro —sonrió Locke—. Astucia... y fortuna.

—¿Fortuna? —se extrañó ella.

—No nos han registrado.

—Claro, vieron que no llevábamos armas... Nos consideran presa segura, Gary. Sickett es una araña muy especial; captura a sus presas,

con su telaraña, pero no las devora.

—Bueno, pero tampoco vuelven.

—Es lo que nos va a pasar a nosotros, ¿verdad? —dijo Tryna aprensivamente.

—Escaparemos, créeme.

Locke se acercó a la ventana, desde la que se divisaba la cordillera, al otro lado de la cual varios cientos de personas vivían una existencia miserable.

—Habrá que hacer un viaje allí y decirles que su destierro ha terminado —dijo.

—No irás a pie, supongo.

—Cuando inicie la última parte de mi plan, podremos disponer de un vehículo aéreo para llegar hasta aquel lugar.

—Hay algo que no acabo de entender —dijo la chica—. ¿Qué piensa hacer Sickett? Sin duda, esperaba a su socio, porque habían dado por terminado el negocio de la captura de astronaves. Pero Baume ya no vendrá...

—En Kenningold-2 nadie hace preguntas. Sickett esparcirá la voz de que tiene valiosas mercancías para vender. Podrán perseguir, tal vez, a los compradores, pero nadie se atreveré a tocar a un huésped de los nativos de aquel planeta.

—Vivir con esa gente no debe de resultar nada agradable, a juzgar por las cosas que he oído de ellos.

—Sickett hará regalos para protección. Luego, cuando haya vendido todo, desaparecerá Dios sabe dónde, con otro nombre, otro aspecto...

—¿Otro aspecto?

—Sé que engordó excesivamente, pero no por comer en exceso, sino porque para que todo el mundo le conociera con este aspecto. Más adelante, perderá la mitad de su peso y su aspecto habrá cambiado radicalmente. También cambiará el nombre, se procurará otra documentación...

—¿Cómo sabes tantas cosas, Gary? —se asombró Tryna.

—Encontré documentos en la cámara del capitán Baume. Uno de

ellos era el código que permite atravesar el agujero negro en línea recta y sin sufrir daños.

—Entiendo. Ahora, por tanto, sólo nos queda esperar.

Locke sonrió, a la vez que la abrazaba con fuerza.

—No pierdas el ánimo —dijo persuasivamente.

* * *

Bien entrada la media noche, Sbirt se acercó a Sickett con unos documentos en la mano.

—Los encontré en la cámara del capitán de la «Sunflower» —informó.

Sickett reconoció al momento aquellos papeles.

—Baume no supo guardarlos debidamente —gruñó.

—En tal caso, hemos de suponer que Locke no está aquí por casualidad.

—En efecto, así es.

—Muy bien, señor. Locke constituye un peligro. ¿Qué haremos con él, señor?

Sickett miró fijamente a su subordinado.

—Hay que hacer algo —dijo con frialdad.

—Sí, señor —contestó Sbirt sin mostrar el menor signo de emoción.

—Encárgate tú mismo. A los chicos no les gustaría una muerte a sangre fría. Pueden admitir que se mate a alguien que trate de defenderse, pero no de otra manera.

—Relevaré al centinela. Mañana, antes de amanecer, sus cuerpos serán arrojados muy lejos de aquí.

—Perfecto —aprobó Sickett—. ¿Cómo piensas hacerlo?

Sbirt sacó una pistola.

—Descargas de choque. No dejan rastro en el cuerpo ni hay derramamiento de sangre —dijo.

Sickett hizo un fingido gesto de repugnancia.

—La sangre es muy aparatosa; lo ensucia todo —sonrió perversamente.

* * *

Locke aplicó el oído a la puerta, como lo hacía a intervalos regulares, y esta vez percibió ciertos sonidos que le pusieron sobre alerta.

Inmediatamente, hizo un gesto con la mano. Tryna corrió a situarse tras él.

La voz de Sbirt llegó claramente a oídos del joven:

—Puedes irte a dormir; yo vigilaré hasta el próximo relevo.

—Bien, señor —contestó el centinela.

Transcurrieron algunos minutos. Locke calculó que Sbirt aguardaba a quedarse solo.

La puerta empezó a abrirse. Locke tenía en la mano un cilindro metálico, largo y delgado. En realidad, era una pluma de la que no había sido despojado.

Sbirt dio dos pasos en la estancia y se quedó perplejo al ver la cama vacía. Antes de que pudiera recuperarse, sintió en la piel del cuello, bajo la oreja derecha, el contacto de un objeto duro y frío.

—Parece una pluma, pero es una pistola de choque, como la que lleva usted en la mano, aunque con carga para un solo disparo —dijo Locke truculentamente—. Sin embargo, es suficiente para convertirle los sesos en agua si no obedece exactamente mis instrucciones.

Sbirt se quedó helado. Locke no bromeaba.

—¿Qué… qué debo hacer? —preguntó.

El joven alargó la mano izquierda y se apoderó de la pistola del sujeto.

—Ahora sí que respiro aliviado —rio—. Era sólo una pluma, Sbirt, pero lo que le apunta a usted es una auténtica pistola.

Sbirt lanzó un rugido de rabia. Locke apoyó el cañón del arma en el mismo sitio que antes.

—Sbirt, no me obligue a apretar el gatillo y ahora va de veras —exclamó, en tono que no admitía dudas sobre sus intenciones—. Escúcheme bien; voy a sujetarle por un brazo y usted gritará ahora a voz en cuello que hemos conseguido escapar. ¿Me ha oído?

—Sí —contestó el esbirro, temblando de rabia—. Y, ¿qué más?

—Pida que avisen a Sickett. Diga que una flota de astronaves del gobierno está a punto de llegar y que debe escapar urgentemente, puesto que conocen el código que permite traspasar el agujero negro. Lo entiende, ¿verdad?

Sbirt asintió. Sudaba copiosamente, pero se sabía impotente para resistir al hombre que le había capturado.

Locke le hizo situarse ante la puerta, aunque quedando él prudentemente oculto. Empujó con la pistola y la cabeza de Sbirt fue sacudida con cierta violencia.

—¡Vamos, grite ya!

Sbirt obedeció puntualmente. Un vigilante apareció a lo lejos y le dio una orden:

—Avisen al jefe. Dígale que hay una flota de astronaves del gobierno en camino hacia Schardanf. Yo me reuniré con él en seguida.

El sujeto echó a correr. Luego, Locke le asestó un terrible golpe con el cañón de la pistola y Sbirt se desplomó fulminado.

—Pagarás los crímenes que has cometido —dijo entre dientes.

A continuación se inclinó y sacó algo de la parte interior de la pernera de su pantalón.

Tryna, asombrada, vio que se trataba de una caja de control de pequeñas dimensiones, con una antena no más larga de veinte centímetros. Locke la puso en sus manos y le señaló una tecla determinada.

—Aprieta aquí y mantén la presión hasta que yo te lo diga.

—Está bien, Gary.

Sbirt continuaba inconsciente, pero Locke no quería correr riesgos, de modo que hizo tiras con las sábanas de la cama y lo ató y amordazó a conciencia. Luego regresó junto a la muchacha y apagó la luz, a fin de poder abrir la puerta y no ser vistos desde el exterior.

—Ahora verás algo interesante —sonrió.

Todos los reflectores del lugar habían sido encendidos y la visión era perfecta. Atónita, Tryna vio algo que le arrancó una exclamación:

—¡La «Sunflower» se eleva!

—Por control remoto, el mismo que tú tienes en las manos. No relajes la presión todavía; su programadora de rumbos tiene una órbita marcada y no hay peligro de que se pierda en el espacio —dijo el joven.

En aquella singular base reinaba un movimiento enloquecedor. Los hombres iban y venían completamente desconcertados, llenos de pánico, sin duda, por el aviso de la próxima llegada de una flota de naves del gobierno. De pronto, vieron a un hombre que salía de la casa en que habían sido recibidos, caminando torpemente, no sólo por su misma obesidad, sino a causa del pesado maletín que sostenía dificultosamente en sus manos.

—Está lleno de joyas y no quiere abandonarlas —adivinó Locke.

Dos de sus secuaces ayudaron a Sickett a montar en una carretilla eléctrica, que se desplazó rápidamente hacia una de las astronaves situadas en la explanada. La «Sunflower» se había perdido de vista ya en la oscuridad de las alturas.

—Podías haberla dejado aquí —objetó Tryna—. Si no nos vamos, ¿para qué enviarla al espacio?

—Ellos creen que nos hemos fugado y conseguido alcanzar la nave. Ven que se eleva y no piensan que podemos seguir aquí. Si la «Sunflower» continuase en tierra, creerían también que nos hemos escapado, pero que continuamos en Schardanf. Alguno hubiera intentado buscarnos..., pero como han visto que la «Sunflower» se ha elevado, ya no se les ha ocurrido siquiera la idea de que podemos seguir aquí, en la superficie.

—Comprendo. Gary, sin duda lo preparaste todo cuando aún estábamos a bordo de la nave —dijo Tryna.

—Sí —admitió él—. Preparé el despegue por control remoto y con órbita programada de antemano.

—¿Y si nos hubieran registrado?

—Tendría que haber buscado otra solución, tal vez basada en la fuerza, pero, por fortuna, no ha ocurrido así. Aunque, de todas

maneras, como no nos registraron, no vale la pena especular con algo que no ha sucedido.

—Tienes toda la razón —convino Tryna—. Y ahora, ¿qué pasará?

—Muy pronto tendrás ocasión de verlo, querida.

La fuga se había convertido en una especie de estampida humana, que convergía en una de las astronaves. Un cuarto de hora más tarde, alguien cerró una escotilla y la nave me empezó a despegarse del suelo.

Locke consultó su reloj.

—Aún disponemos de una hora larga —dijo—. ¿Por qué no buscamos un sitio donde comer algo? ¡Estoy muerto de hambre!

Tryna se echó a reír.

—¿Cómo puedes tener hambre en esta situación? —exclamó.

—Bueno, se ha resuelto a nuestro favor; acabaremos pormarcharnos del planeta... Tú te convertirás en la señora Locke... ¿Por qué he de perder las ganas de comer?

—Es cierto —dijo la chica, a la vez que se colgaba de su brazo. De pronto, reparó en Sbirt, quien continuaba en el suelo, inconsciente y bien asegurado por las ligaduras para que no pudiera escapar—. ¿Qué haremos con ese tipo, Gary? —consultó.

—Lo necesitamos —respondió el joven—. Tiene que contar muchas cosas ante un tribunal de investigación...

—Pero el principal culpable escapará.

Locke hizo un gesto negativo.

—No escapará —la contradijo—. Anda, vamos a ver qué encontramos por ahí para mover las mandíbulas.

Sickett tenía una despensa bien provista, en la que no faltaban los alimentos exóticos, pero ellos se conformaron con una comida sencilla y unos vasos de leche. Al terminar, Locke consultó su reloj una vez más y se puso en pie.

—Vamos al despacho de Sickett; allí veremos todo mucho mejor.

Tryna le siguió intrigada. En el despacho de Sickett, había una gigantesca pantalla de televisión, que ocupaba casi por completo todo

un lienzo de pared. Locke exploró los mandos rápidamente y pronto pudo dar con el que hacía funcionar la pantalla.

La cámara exterior que recogía las imágenes disponía de un potentísimo «zoom» de aproximación. Locke no tardó mucho en localizar la nave en que escapaban los fugitivos. Centró y enfocó la imagen y luego la fijó en mando automático, de modo que no tuviera que seguirla con un manejo constante de los controles.

A lo lejos, se veían doce puntitos brillantes que formaban un círculo. La nave de Sickett volaba directamente hacia el centro aquel círculo.

—¿Por qué se van en esa dirección? —se extrañó la chica—. ¿No pueden seguir otra órbita?

—Escapan rumbo a Kenningold-2. Sickett tiene allí amigos y esa es la órbita más económica... y más rápida. Pero no saben que va a ser la más corta.

—Gary, confieso que a veces no te entiendo y me gustaría que me dieras más detalles...

Locke alzó una mano.

—Aguarda unos minutos, por favor —solicitó.

El «zoom» de funcionamiento automático, controlado por «láser» que se reflejaba en la nave fugitiva, seguía a ésta puntualmente, a una distancia aparente de unos tres mil metros. El círculo de puntos brillantes, que eran los espejos solares que proporcionaban energía a los tambores generadores del agujero negro, se agrandaba también paulatinamente.

—La «Sunflower» ha traspasado ya ese círculo. A unos cincuenta mil kilómetros, iniciará una virada de ciento ochenta grados y regresará a Schardanf —dijo Locke.

La nave fugitiva pareció precipitarse hacia el centro del círculo. Tryna creyó que lo había traspasado, pero era sólo una ilusión óptica. Cuando pasaba justamente por el centro del plano formado por los doce generadores se produjo un colosal relámpago colectivo.

Doce tambores despidieron gigantescos rayos de luz blanquísima, que convergieron sobre la nave y la hicieron arder como una polilla en la llama de un quinqué. Los fogonazos duraron unos breves momentos; luego se hizo la oscuridad nuevamente, aunque ya se podían ver las estrellas en aquel sector.

—Gary, ¿qué ha pasado? Explícamelo, por favor —pidió Tryna excitadamente.

—Cuando estuvimos allá arriba, manipulé en los controles de los doce generadores que causaban el agujero negro, graduándolos para potencia máxima según determinada secuencia, muy corta, de sólo dos fases la «Sunflower» pasó y activó los controles en la primera fase, que ya sólo necesitaban la detección de otra nave, para dispararse después, en la segunda fase, con toda su potencia y todos al mismo tiempo, puesto que los sensores funcionaban por medio de ondas luminosas. En resumen, cada tambor produjo durante algunos segundos una cantidad inimaginable de energía que, además, se proyectó hacia el centro, justo en el punto por donde tenía que pasar la nave de Sickett. El aparato recibió la descarga de doce generadores, que se habían activado al mismo tiempo, y fue como si en el centro de lo que había sido el círculo negro, se hubiese formado un pequeño sol. La nave ardió como una pavesa, eso es todo.

Tryna se estremeció.

—Demasiados crímenes —murmuró—. Muchos han sobrevivido, pero, ¿cuántos más no murieron inocentemente?

Locke señaló con el pulgar hacia determinado punto.

—Sbirt dirá muchas cosas. Y, hablando de otro tema: tenemos que buscar a los prisioneros y comunicarles que su secuestro ha finalizado ya.

—Incluyendo a tu hermano, claro.

—Eso fue la causa que me hiciera seguir adelante con estaaventura. De todos modos, y aunque no hubiese conseguido encontrar a mi hermano, he encontrado algo maravilloso —contestó Locke.

—¿Qué es, Gary?

Locke le guiñó un ojo.

—Yo también me he convertido en un secuestrador y te he secuestrado para el resto de tu vida... a mi lado —dijo.

FIN

GANE 1.000.000 DE PESETAS

ESCRIBA SUS DATOS PERSONALES (EN MAYUSCULAS)

NOMBRE . . . .

APELLIDOS. . . . .

CALLE. . . . . .No . . . . .

POBLACION . . . .

PROVINCIA. . . . .

DATOS DEL QUIOSCO O LIBRERIA. . . . .

PLAZA O CALLE . . . . .No . . . . .

POBLACION . . . .

PROVINCIA. . . . .



• INSTRUCCIONES DEL CONCURSO EN EL INTERIOR.

BRUGUERA

PRECIO EN ESPAÑA
60 PTAS.
IMPRESO EN ESPAÑA